

María Asunción Amilibia

# El diario de la nostalgia



**Título:** El diario de la nostalgia

**Autor:** María Asunción Amilibia

**Fotografías:** Urkan

**Portada y diseño de colección:** Esteban Montorio

*Edición:*

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703934

Fax 948 704072

txalaparta@txalaparta.com

<http://www.txalaparta.com>

*Primera edición de Txalaparta*

Tafalla, octubre de 2006

*Copyright*

© Txalaparta para la presente edición

© María Asunción Amilibia

*Diseño gráfico*

Nabarrera gestión editorial

*Impresión*

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.

978-84-8136-462-0

*Depósito legal*

NA-2376-06

*Este libro ha sido publicado  
con la colaboración de:*



(Dedicado a mis hijos)

*Ha venido el cansancio infinito  
a clavarse en mis ojos al fin  
el cansancio del día que muere  
y el del alba que debe venir;  
el cansancio del cielo de estaño  
y el cansancio del cielo de añil.  
Ahora suelto la mártir sandalia  
y las trenzas pidiendo dormir  
y perdida en la noche levanto  
el clamor aprendido de ti:  
Padre Nuestro que estás en los cielos  
¿por qué te has olvidado de mí?*

Gabriela Mistral

# Prólogo

**A**sunción Amilibia Machimbarrena nace en Donostia, el 24 de diciembre de 1917 dentro de una familia bien situada. Es la pequeña después de sus seis hermanos: José Mari, Miguel, Joaquín, Tatxo, Ramón y Julián.

El padre, Eustasio Amilibia Calbetón, teniente coronel de Artillería, tenía título nobiliario. El abuelo, José Victor Amilibia Aristeguieta hizo la carrera diplomática y fue cónsul en Francia. El bisabuelo, Eustasio Amilibia Egaña, diputado general de Gipuzkoa, fue alcalde de San Sebastián, a él se debe en gran medida el derribo de las murallas que ha permitido el ensanche, crecimiento y desarrollo de la ciudad.

Eran los años 1930 y la familia Amilibia Machimbarrena, por sus ideales de justicia, libertad e igualdad, apostaron por la República, por el Socialismo. Fueron parte de aquella generación idealista y defensora del pueblo que quedó destruada tras la guerra de 1936.

José Maria, murió en 1933, en accidente de coche, siendo gobernador civil de Bizkaia. Los otros cinco hermanos participaron desde el primer día del golpe militar como voluntarios en las milicias de los partidos y sindicatos de izquierda que reconquistaron San Sebastián a los sublevados. Hicieron toda

la guerra desde Euskal Herria hasta Asturias, excepto Ramón, detenido en Santander y preso durante 20 años en las cárceles franquistas y Julián, teniente de información del Estado Mayor, que quedó inválido durante la batalla de Artxanda en el bombardeo del 14 de junio de 1936 en Begoña.

Tatxo, fue vocal de la Comisaría de Guerra en Gipuzkoa, delegado del sector de Elorrio, comisario político de la 1ª División del Cuerpo de Ejército de Euskadi y comisario político de la División 56 republicana en Cataluña. Miguel, elegido diputado a Cortes por el Frente Popular de Gipuzkoa, en las elecciones de febrero-marzo de 1936, fue presidente de la Junta de Defensa de Gipuzkoa, comandante de la División 48 del Cuerpo de Ejército XIV. Joaquín, murió combatiendo como capitán en el frente de Lérida, en Tremp, el 5 de abril de 1938.

Sunti, nuestra protagonista, se vio obligada a exiliar, junto a su madre y su hermano Julián. En enero de 1938 en Francia, muere la madre, María del Coro Machimbarrena Blasco.

Miguel y Tatxo también se exilian al caer Cataluña.

Con 22 años, tras padecer la guerra desde Donostia hasta Santander y pasar tres años refugiada en Francia, llegó a Chile, hace ya 66 años. Desde entonces, el recuerdo de Euskal Herria y de las vivencias de la guerra han permanecido grabadas en su pensamiento.

Ha escrito varios trabajos, en el *El diario de la nostalgia* cuenta a sus familiares las vicisitudes de su familia en esa época.

Apasionada, inquieta, inteligente, serena... comenta: «quien no quiere sufrir que no ame» y no hay duda de que Sunti sufre y ama con la misma intensidad.

A través de su diario, pequeña caracola donde se esconden vivencias, que van desde la ternura hasta el sufrimiento intenso, conocemos a una mujer de las que poblaron la poesía de Mariana Youngs, «con raíces profundas e intrincadas, con voracidad geocéntrica buscándose». Ella evoca desde el sentimiento, colores y matices que suavizan, en lo posible, el dolor de aquel tiempo que, como a tantas otras personas, le tocó vivir

Tiempo lejano pero condenado a ser presente, si queremos entender aquellos días, años, en ocasiones vidas enteras de una historia que se ha visto obligada -tantas veces- a olvidar de dónde viene.

Enamorada siempre de su tierra vasca, Sunti escribe: «Tal vez, el amor más grande de mi vida haya sido el amor de mi tierra... Hubo un tiempo que deseé olvidar mi país, matar mi identidad, renacer de nuevo en un país nuevo... Más todo ha sido inútil; el amor ha vuelto a instalarse en mi alma y es un amor ya maduro y sabio que acepta las decepciones como parte integrante de su pasión».

Pero Chile es su otro amor al que igualmente quedará unida: «Qué terrible es tener dos patrias y vacilar entre ellas. ¡No amar yo a Chile donde he vivido y he muerto, donde he resucitado y he tenido mis hijos, donde me he formado en definitiva! Si yo pudiera volver a mi Euskadi, parte de mi alma quedaría en esta tierra de promisión. Yo cierro los ojos a veces para ver mejor la campiña vasca, mas pasaría mi vida ciega, rememorando a Chile, si por segunda vez exiliada, volviera a mi ciudad natal. La tragedia de gran parte de nuestros contemporáneos es vivir cimbreado entre nuestras raíces y nuestro crecimiento, entre nuestra pena y nuestra alegría, entre nuestra guerra y nuestra paz. Llevo a Chile clavado en mis pupilas con señas indelebles y en ellas se reflejarán siempre la cordillera altiva que me ocultó de la locura y el mar profundo que cerró, bondadoso, mi huida. En los valles asoleados he quedado aprisionada por amores nuevos, exigentes, incambiables, eternos...».

Con este *Diario*, la protagonista nos acerca a una Sociedad dividida y convulsa, pero también al alma de los sucesos, al sentimiento y al papel de las mujeres, a una Iglesia divergente de su credo, al honor, al miedo, a la dignidad...

Comenzado a escribir en el año 1958, en 1997 escribe el epílogo final, pero para entonces sus hijos a quienes estaba dirigido habían fallecido. Durante mucho tiempo, Sunti no ha sido partidaria de publicarlo. Había escrito: «ya no lucho con el pasado y pronto este diario desaparecerá».

Hace ahora año y medio iniciamos una relación con Sunti y Richard, que poco a poco ha ido estrechándose.

La postura favorable de su compañero, y la confianza mutua que hemos ido construyendo ha permitido que salga a la luz.

Agradecemos su consentimiento para la publicación de esta marea íntima y deseamos que sus olas salpiquen y refresquen el interior de quien las lea.

*Julia Monge Sarabia y Juan Ramón Garai Bengoa*

# Dichato

## Aldea chilena de pescadores

**2 de abril de 1958**

La arena estaba tibia del sol de la mañana. Richard y yo nos tumbamos en la playa, cansados nuestros ojos del reflejo del mar, mientras los niños se entretenían subiendo y bajando de un bote varado. Richard se quedó dormido inmediatamente. Yo no me atreví a imitarlo, por temor a dejar a mis hijos sin vigilancia. Cerré los ojos, sí, y quedaron el oído y el olfato como solos sentidos activos. El olor de la arena caliente subió con más fuerza y oí, nítido, el romper monótono de las olas. Con una punzada en el medio del corazón, retornó el pasado. ¡El pasado olvidado, escondido, deliberadamente desterrado de la memoria! ¡San Sebastián, mi infancia, mis padres, una tradición férrea y un romanticismo y una pureza de alma por las que clamo y lloro hoy día! Tantas y tantas cosas que no podré transmitir a mis hijos. Cuando ellos estén en edad de entenderme yo habré desaparecido o la arteriosclerosis me habrá transformado en una caricatura. Por eso, empiezo hoy este diario para mis hijos. Llevan una herencia magnífica en muchos sentidos, pero terrible y apasionada también. ¿Podrán ellos entenderse a sí mismos o necesitarán, como yo, un largo peregrinaje, un tanteo continuo antes de llegar a este equilibrio, a este cansancio infinito del alma?

## Primeros recuerdos de infancia

San Sebastián o Donosti es, hoy día, un balneario un poco olvidado internacionalmente, pero cuando yo tenía cinco años y la monarquía reinaba en el Estado español, San Sebastián no tenía nada que envidiar a ninguna playa de moda. Era una ciudad moderna, progresiva, un tanto provinciana que se extendía alrededor de una bahía circular y a lo largo de un río reposado y modesto. Durante ocho meses proseguía un ritmo de vida lento y lluvioso, mas en verano despertaba con resplandor fulgurante y se tornaba sociable y cosmopolita. El mes de agosto lo considerábamos los donostiarros como una pesada carga, agradable solamente para los comerciantes y los hoteleros. La playa, cual hormiguero, se ponía negra de gente y a los niños los «veraneantes de Cuenca», como los llamábamos, nos molestaban particularmente. El mes de agosto no transcurría sin que nos encontraran algún piojo vagabundo en la cabeza o nos perdiéramos entre esa muchedumbre abigarrada tan ansiosa de agua salina. La playa estaba sucia y no podíamos atracar en las piraguas sin encontrarnos con alguna señora gorda agarrada frenéticamente de su bañero. ¡Pero cuánto nos gustaba septiembre! ¡Se iban los veraneantes y era el mes de las mareas vivas! Cada vez que me acuerdo de las locuras que hacíamos en nuestras frágiles embarcaciones y con qué frenesí

desafiábamos la rompiente de las olas, se me erizan los cabellos retrospectivamente. Pero en aquella época, los niños de la “gente bien” no vivíamos bajo la vigilancia ansiosa de nuestras madres, sino bajo la mirada distraída de nuestras ayas o niñas que, jóvenes al fin, tenían sus propios problemas que discutir. Felizmente, todos nosotros nadábamos como peces y la Providencia benefactora especial de la gente chica, se encargaba del resto. Estuvimos muchas veces a punto de ahogarnos, pero siempre, milagrosamente, salíamos a la superficie. Oralmente y de unos a otros nos trasmitíamos la recomendación esencial:

–Si la ola te va a reventar encima o está ya reventada, no luches, échate de cabeza, sin miedo, bien al fondo, la misma ola te sacará para fuera.

Todavía siento en mis viejos huesos esa sensación deliciosa de miedo, de ese miedo que nos sobrecogía al ver llegar, rugiente, una ola gigantesca a cuyo encuentro corríamos, anhelantes, con la esperanza de balancearnos en su cúspide; después... la decisión ante lo inevitable, el zambullón ciego y ese dulce mecer de la mar amiga que nos levantaba amorosamente.

Más tarde, a los diez años, fui a ver *Tarzán de los Monos y Tabú*, películas que trastornaron mi alma infantil y me hicieron soñar con playas africanas o del Pacífico. ¡Cómo podía saber yo entonces que las palmeras ocultan tiburones y que por las playas del Pacífico se deslizan corrientes antárticas! No, la playa ideal estaba ante mis ojos, al alcance de mis manos, sus olas habían acunado mis primeros balbuceos, sus temporales eran una cantata familiar y yo renegué de ella ansiando extrañas aventuras. Tal vez, la diosa de los lares se haya vengado de mis desdenes, alejándose para siempre de sus costas, condenándose a morir de espaldas a sus doradas arenas, frente a este otro mar más oscuro, más misterioso, cuya inmensidad me asusta.

A la una empezaba la vuelta a casa. Digo empezaba, porque siempre nos volvíamos sordos en esos precisos momentos. Inventábamos cien mil pretextos para despedirnos lentamente del mar. A la tarde no volvíamos a la playa. No era chic. Hoy me río al pensar en todas esas leyes extrañas que gobernaban nuestras vidas.

Almorzábamos a la una y media y a veces más tarde. Todo dependía de las regatas de mis hermanos. En verano, a partir

de los 6 años, almorzaba con los mayores. ¡Qué hermosa era nuestra mesa! Mamá sola entre cinco hombres, Mamá, menuda, con su pelo blanco, su sonrisa ligeramente irónica y sus ojos grises tan inteligentes. Pero, Dios mío, ¡cómo me aburrían esas comidas de verano! Miguel, Joaquín, Tatxo y Ramón blandreaban en distintos yates y todo se volvía discusiones y bromas.

–Tú izaste antes de tiempo...

–Yo viré a barlovento...

–Si vuelves a decir «Hip, hip, hurra», te ahogo...

Tatxo era, sin embargo, el campeón indiscutible. De 52 regatas ganaba 48. Fue también campeón de Europa de la clase Star. Un día tuve la malhadada idea de pedirle que me llevara con él. Nunca, nunca, nunca olvidaré la experiencia. Partimos de la bahía, con una ligera brisa, doce velas albísimas, en demanda de la boca. La excitación de la salida, la maniobra de los marineros, el deseo de contar a mis compañeros de juegos la hazaña, me hicieron olvidar el ligero malestar que se insinuaba en mi estómago. Cruzamos la boca frente a la isla de Santa Clara, muy cerca de las rocas, con el mar abierto ante nosotros. Cambió el movimiento del balandro. Las olas se hicieron larguísimas y la graciosa embarcación se hundía en una carrera descendente que parecía sin fin. Cerré los ojos, asustada. Fue un gesto fatal. Cuando los abrí, el balandro se hallaba otra vez en la cima de las olas y otro abismo se abría ante nosotros, no verde sino negro, cada vez más negro.

–¡Oh Tatxo! Me siento mal.

Con esa crueldad inconsciente de los muchachos jóvenes, se rió y los marineros le hicieron eco.

–Desembárcame Tatxo. Ahí viene la canoa del Jurado.

–Ni lo pienses. Quedaríamos descalificados.

Íbamos primeros. Nunca supe cuándo dejamos atrás a los demás. Nos acercamos a los yates grandes. Cruzamos el balandro de las infantas que saludaron alegremente con la mano. La memoria no sigue más adelante. Con el estómago vacío, las náuseas fueron en aumento. La brisa se calmó y, según los entendidos, tuvimos una regata aburrida, con calma absoluta y una victoria esperada. Para mí, fue una pesadilla interminable de vergüenza, vaivenes y escalofríos bajo un sol abrasador.

# Las Higueras, Talcahuano, Chile

**15 de abril de 1958**

**H**ace seis meses que dejamos Santiago de Chile para venir a vivir a este pueblecito costero dominado por la Compañía de Aceros del Pacífico. A Richard, atosigado de trabajo, apenas lo veo ahora... ¡Y el clima de esta zona es tan parecido al de San Sebastián! Bastó una excursión al puerto vecino de Dichato, bastó ese aliento de algas, ese rumor de resacas, esa caricia de arenas, para que mi infancia volviera triunfante y me arrastrara hacia un pasado que yo quería olvidar. Hace dos meses que las cartas de mi hermano Ramón –fantasma que vuelve a San Sebastián después de 20 años de condena en una prisión franquista– empezaron a llegarme. Estas cartas son otros tentáculos aferrados a la memoria. Su pensamiento ha estado continuamente conmigo pero, en cierto modo, como autodefensa evitaba aquilatar en toda su magnitud los sufrimientos por él padecidos. Este olvido ya no es posible. Sus cartas revelan tal elevación espiritual, tal profundidad psicológica, pero al mismo tiempo tanta soledad moral, que me veo obligada a ayudarlo en la medida de mis fuerzas. Pero al ayudarlo, vuelvo a revivir el pasado y yo quería olvidar Donosti. Yo quiero vivir, vivir en el presente; Chile es mi segunda patria, chilenos son mis hijos, chileno es mi porvenir. Pero,

¿tengo derecho a olvidar? ¿Tenemos derecho, los exiliados, a torcer disgustados el rostro para no ver el martirio de nuestros presos? ¿Tengo derecho a decirle –como le dicen allá– «olvida, todo ha pasado, adáptate a este nuevo mundo»? ¿No sería lo mismo decirle: «Suicídate porque ya has muerto. Tu sacrificio no tuvo valor ni significación»? ¿No es, acaso, necesario para que llegue el olvido, que vacíe en otra alma el torbellino de todas sus emociones contenidas?

# Los Amilibia

**S**i la conversación giraba en verano alrededor de las regatas, en invierno la política dominaba lentamente las sobremesas. A partir del año 31, se enseñoreó de nuestra casa para no abandonarla más. Fuimos románticos rezagados, disfrazados con ropajes modernos y por eso la sociedad no nos reconoció. Desde los siete años comprendí la política, a los diez años leía los discursos de la Cámara y a los doce era un personaje extraño e insoportable, para quien los arcanos de los partidos políticos no tenían ningún misterio. Pero pensad, hijos míos, que vivía entre hombres, que Julián me aventajaba en nueve años y que Ramón, José, Miguel y Joaquín, hubieran podido, sin ninguna distorsión fisiológica, ser mis padres. Yo era la Nena cuando todos ellos habían terminado sus carreras.

Llevábamos la política en la sangre. Tengo de Papá muy vagos recuerdos, pero el primero se presenta luminoso ante los ojos del alma. Era alto, moreno, un real mozo, según sus contemporáneos. Artillero de carrera, por tradición liberal, enemigo de los jesuitas, pero católico, como correspondía. No le gustaba, sin embargo, caer en beaterías.<sup>1</sup>

---

1. Eustasio de Amilibia y Calbetón nació el 25 de diciembre de 1867 en San Sebastián, VI Marqués de la Paz. Luchó como capitán en la Guerra de Cuba. Teniente coronel de Artillería, consejero de Papelera Española. Muere el 13 de marzo de 1927.

Venía, un poco a escondidas, a buscarnos a Mamá y a mí, a la iglesia de Santa María, pero, en vez de volver por la calle Mayor, dejábamos a Mamá con sus hermanas y, tomados de la mano, regresábamos a casa por la calle del Campanario. La calle era más solitaria y se llamaba así porque partía del campanario de la iglesia y descendía en cuesta hasta los Bulevares. Todo ello quedaba en la parte vieja de San Sebastián. En la segunda manzana, se alzaba una gran casona de piedra, gris de tiempo, llena de barrotes que hacía esquina. Era la casa de mi bisabuelo, don Eustasio de Amilibia y Egaña, Gobernador, fundador de su capital, y jefe político de la provincia. La casa fue vendida en uno de los períodos de crujía que inexorablemente caían, caen y caerán sobre nuestra familia.

—Ves tú, Nena, en ese cuarto nací yo.

La casa fue para mí un archivo gigantesco. La historia que más me gustaba era la de la tía Mercedes, durante la Guerra de la Independencia.

—La ventana de la esquina corresponde a la pieza del *Major* inglés.

El *Major* debía ser un personaje de muchas campanillas. El *Major* viajaba a todas partes seguido de su asistente y de su vajilla de plata. El *Major* era rubio alto, de ojos claros y, entre él y mi tía de 16 años nació un amor intenso, silencioso, hecho de miradas apasionadas y de flores que se deshojan. La batalla contra los franceses se desarrollaba en los cerros cercanos, a la altura de Arrasain. A las tardes, el *Major* volvía a lavarse y a dormir. Las batallas, en aquellos tiempos, eran ordenadas y deportivas. Mi tía acechaba pacientemente desde su ventana la llegada del *Major*. Un anochecer, dorado y rojizo, el asistente volvió solo; en sus brazos traía la espada ensangrentada y el morrión de su oficial. ¡Tía Mercedes comprendió enseguida y se desmayó! Yo recuerdo haber visto un grabado antiguo de tía Mercedes antes de su matrimonio. Las facciones eran muy finas con ojos almendrados y una gran cabellera castaña. La mirada tristísima se pierde en la lejanía. ¡Oh, amor infinito que nunca te abandonó! Amor de todos los tiempos, de todos los elegidos, sin esperanza, brasa escondida, dolor y anhelo más reales que la más ansiada felicidad!

—¿Por qué, Papá, se vendió la casa?

–¡Ay! Nena sería muy largo explicarte, pero tu bisabuelo se arruinó con la política y además estaba la maldición de don Pedro.

–¿Quién era don Pedro?

–Don Pedro, el Cruel de Amilibia, fue llamado así por la severidad de sus condenas. En 1556 el País Vasco fue presa de una lucha interna y se dividió en partidarios del Señor de Gamboa y del Señor de Oñaz, dos grandes señores que pretendieron instaurar el feudalismo en Vasconia, aniquilando el espíritu democrático de nuestra tierra y su organización rural. Después de un período turbulento, el país fue gobernado por los hombres-sabios o jueces, cuya misión consistió en meter en vereda a los merodeadores y asaltantes que, al disolverse los bandos, quedaron al garete. Cayeron presos dos de estos ladrones y don Pedro dictó la siguiente condena: «que los aten a la cola de sendos rocinantes... y los arrastren hasta que mueran por las villas, villorrios y aldeas donde hubieran cometido sus fechorías». La gente quedó horrorizada y la leyenda cuenta que los condenados maldijeron a don Pedro y pidieron al cielo la ruina de su casa y de su descendencia. Pero todo esto son supersticiones, Nena. Es cierto que la ruina ha rozado a menudo a nuestra familia, pero muchos de tus antepasados eran grandes señores sin una onza de previsión. Tu padre, en cambio, no ha hecho locuras y tú nunca tendrás que enfrentar la ruina o la estrechez...

¡Pobre Papá! ¡Pobre querido Papá! El ángel vengador, con las alas extendidas, se acercaba a nuestra puerta y no sentiste el retumbar de sus clarines. Sí, tú fuiste justo, previsor y serio, pero vivíamos sobre un volcán y tenías seis hijos locos y románticos y una muchacha inocente y apasionada. ¡Qué presa más fácil para la sombra de don Pedro! Yo no he conocido la “ruina” de la gente bien que consiste en una disminución de sus rentas, ni la estrechez de la clase media; he conocido la guerra y el hambre y la sordidez de los zapatos viejos y de los trajes desteñidos por el uso y la falta de baños adecuados. He conocido el derrumbe, la dispersión, el olvido de tu Muy Noble y Muy Leal Casa de Alós de Amilibia. («Que sus hijos sean vagabundos y mendiguen, que busquen el pan lejos de su morada en ruinas y que los extranjeros pillen el fruto de sus trabajos...»).

Al llegar a los Bulevares, me contaba con una voz de sueño el derrumbe de las murallas.

—Cuando yo era niño, las murallas no habían sido todavía derribadas. Tu bisabuelo luchó toda su vida por conseguirlo. Mientras San Sebastián fue una plaza fuerte, la ciudad, como medrosa, se cobijaba bajo el Cerro del Fuerte y la gente no se atrevía a construir fuera de sus recintos. Tu bisabuelo comprendía el maravilloso porvenir que podía tener San Sebastián como balneario. Enamorado de sus dunas y de la forma perfecta de su bahía, luchó contra la incompreensión de unos y los intereses creados de otros. Cuando estaba agonizando, tuvo la satisfacción de oír las primeras picotas que atacaban las murallas; y el pueblo, olvidando los portones, pasó por la primera brecha, con todos los honores debidos a su rango, su último cortejo. Pero yo recuerdo, todavía, el grito de los centinelas en las noches sin luna: «centinela alerta... alerta está... alerta está... alerta está...» el lamento se perdía en las vetustas callejas.

Papá murió el 13 de marzo de 1927. Yo era demasiado niña para aquilatar nuestra pérdida en toda su magnitud; pero aún entonces, sentí un vacío inmenso, una orfandad desorientada, sensación que compartieron, creo yo, todos mis hermanos.

Fue un caballero a la antigua usanza, un poco dictatorial, estricto, avergonzado de su alma de artista. Se regía por ciertos dogmas que no tenían apelación: «Liberal en las leyes, austero en las costumbres». Dominaba con un solo gesto al más rebelde de mis hermanos y yo sola, porque se sentía ya viejo, conseguí burlar sus preceptos educativos.

De una inteligencia clara y despierta, perteneció a esa elite del País Vasco que supo imprimir a los negocios un giro moderno. Fue uno de los fundadores de la Papelera Española, en la que invirtió una buena parte de su fortuna y de la que fue consejero. Ya marcado por la enfermedad que se lo llevaría dos años después, viajaba semana por medio a Madrid.

Nuestra provincia fue una de las beneficiarias de la Sociedad, pues una red de fábricas se instaló en los principales pueblos, dando una nota moderna e industrial a su conservadora campiña.

Se sentía infantilmente orgulloso de su linaje aristocrático vasco (milenarios son mi escudo y mi apellido), y miraba con un ligero tinte de desprecio a esa aristocracia castellana y andaluza, vana, riquísima y apegada a sus prebendas, que entorpecían —a su juicio— el progreso del país.

En política tenía un dicho favorito, cómico en boca de un artillero, pero que resultó profético. «En política, observad lo que piensan los militares y lo contrario será lo justo y lo bueno». Se retiró del servicio activo antes de la llegada de Primo de Rivera. ¡Cómo odiaba los pronunciamientos y las asonadas que arruinaron la evolución de mi patria y desprestigliaron una carrera abrazada con anacrónica ilusión!

# Las Higueras, Talcahuano, Chile

20 de abril de 1958

Hoy ha pasado un incidente que me puso –así, literalmente– la carne de gallina y del cual Richard y Enrique Parra, que estaban en casa se han reído a carcajadas. Desde que hemos llegado a esta población de empleados de los Altos Hornos, mis hijos han aprendido, inocentemente, un lenguaje de carreteros. Después de bofetadas propinadas en la boca, sermones, ruegos y exhortaciones creía que la mala racha había pasado definitivamente. Hoy fui a Concepción con Raymond –la *guagua*, como le llamamos, a pesar de sus tres años– a comprarle zapatos. Se veía precioso con su pelito rubio, sus ojos verdes y su cara de gatito mimoso, y yo me sentía inflada de orgullo. En la plaza nos cruzamos con una señora de aspecto muy decente que llevaba también de la mano a un niño de la misma edad. En el momento de acercarnos, mi hijo, con voz clara y dicción perfecta le dijo: «Adiós H...».

# Los Machimbarrena

**M**e crié entre cinco hombres de los 7 a los 15 años. Cinco hombres cuyas edades oscilaban entre 17 y 25 años y nunca oí una palabra soez y nadie, como yo, vivió tan protegida de curiosidades o provocaciones sexuales. He tenido durante toda mi adolescencia y mi juventud una pureza de alma completamente fuera de época. «Para los puros todas las cosas son puras», dice el Evangelio. Es posible que mis acciones hayan sido muchas veces mal interpretadas y yo misma no me haya dado cuenta de esta cualidad hasta muy entrada en años. ¿Cualidad o defecto? No lo sé, pero si fue cualidad, nos ha acarreado a mí y a varios de mis hermanos más disgustos que el más horrendo de los pecados.

Papá dejó una huella imborrable con su puritanismo intransigente. En mi casa no había conversaciones escandalosas, ni chistes verdes y si bailarinas semidesnudas aparecían en las revistas, eran cuidadosamente recortadas y lanzadas al fuego del Averno. Ahora que he leído y visto tanto, me asombro ante la clase de adolescencia que tuvieron mis hermanos. ¿Cómo hombres sanos y llenos de vida, sobrealimentados y ociosos, no se rebelaron ante tanta prohibición?

¿O se rebelaron y yo nunca lo supe?

Después de la muerte de Papá, nuestro cariño se concentró en esa madre tan inteligente, tan viva de genio y tan humana con la que discutí a menudo, durante mi infancia y adolescencia. Tenía una penetración psicológica mil veces superior a la de nuestro padre y si no hubiera sido por ese amor inmenso que sintió por su marido, nuestra educación, probablemente, se hubiera desarrollado en forma más normal y más sensata.<sup>2</sup> Pero a pesar de sus rabietas, se anuló –con ese sentido “español” del deber conyugal– ante la voluntad todopoderosa del jefe del hogar; aceptó sus prejuicios y, con la ayuda de la religión, decidió educar ángeles y no hombres. Por supuesto que este ángel que escribe la desesperó con frecuencia. Hubiera deseado ella que yo fuera –desde niña– modosita, tímida, hacendosa, una perfecta joven de 1900. Yo, por lo contrario, era turbulenta, tenía mal genio y me reventaban las muñecas y los juegos tranquilos.

Una buena carrera de bicicletas con mis primos y sus amigos, los guardias y los ladrones, jugar a la pelota delante del Casino, era para mí mucho más apasionante que imitar a las señoras casadas llenas de hijos, hacer comiditas y vestir y desvestir muñecas. Tenía tres o cuatro muñecas, todas ellas bien dormiditas en un precioso coche. Cada seis meses, un instinto maternal en potencia arrancaba remordimientos a mi alma y, con un amor atrasado y por ello más intenso, las sacaba a pasear, les contaba cuentos y, en general, vaciaba de un solo *round*, un sentimiento que me turbaba por lo inexplicable y absurdo.

Pero, habitualmente, Mamá observaba indignada desde el mirador la impotencia de mi niñera y se desesperaba cuando, entre el tropel de muchachos que saltaba la verja del Casino en busca de una perdida pelota, veía flamear el lazo malva y las faldas de su hija.

–Esa *marimutil* –decía a mis hermanos– me desespera. Yo ya estoy vieja para luchar contra esa fuerza avasalladora. ¿Qué pensarán de ella mis hermanas?

Lo que pensaban de mí las tías Machimbarrena fue una pesadilla constante que llegó a adquirir perfiles de juicio final.

---

2. María del Coro de Machimbarrena y Blasco nació en San Sebastián el 6 de septiembre de 1872. Muere en Francia, en el exilio el 29 de enero de 1938.

El contacto con mis tías era continuo porque vivíamos en la misma casa. Nunca he visto un arreglo más divertido y más susceptible de crear fricciones de familia.

Los abuelos Machimbarrena eran propietarios de una casa de departamentos de seis pisos. Departamentos, no jaulas. La casa quedaba frente a la bahía y a sus pies se extendía el parque que bordeaba el Casino. En el cuarto y el quinto piso vivía la abuela con sus hijos solteros y tía Pilar, que quedó viuda muy joven con tres hijos. Mi abuelo materno había sido un viejo cacique liberal que hacía y deshacía en las elecciones donostiaras. Murió antes de que yo naciera, de manera que no conservo recuerdos de su vida. En el tercero vivía tío Rafael con una caterva de primos; en el segundo, nosotros y en el primero, tía Lolot, la más joven de las hermanas.

Mi abuela materna tuvo catorce hijos. Yo la recuerdo todavía, pues su personalidad no es fácil de olvidar. Pertenecía –por su espíritu malicioso, cáustico, por su sentido común desprovisto de romanticismo– a esa clase de señoras liberales, un poco volterianas, del siglo XVIII. Era religiosa, sin excesos y, como mi padre, nunca dejó que los jesuitas penetraran en su casa. Cuando subía con Mamá a saludar a la abuela, me fascinaba su conversación y me hacía chiquitita para que no me viera, pues, invariablemente, cuando me descubría, decía:

–Vete a jugar con tus primas. Las conversaciones de las personas mayores no son para los niños.

Mis hermanos siempre subían después de comer a la tertulia de la abuela y volvían risueños y llenos de anécdotas.

La veo, todavía, erguida a pesar de sus 76 años y de sus sucesivas maternidades, con su pelo recogido en lo alto, con los superfluos impertinentes –utilizados exclusivamente para desorientar al adversario–, con su perfil vasco, su insolencia deliberada y las cien mil salidas ingeniosas que yo no presencié, pero que me fueron contadas por mis hermanos.

Un día encontró la horma de su zapato en una de sus doncellas. Tenía la muchacha muy buena presencia, una figura esbelta, facilidad para aprender y una insolencia que corría a parejas con la de mi abuela. Venía con la bandeja de los licores, su cofia y su delantal muy blancos, su carita impúdica, desafiante y, sintiendo la mirada de esos jóvenes posados sobre ella, balanceaba su bandeja al compás de sus caderas. Mi abuela, exasperada, se puso los impertinentes y mirándola dijo:

—Aquí viene la de *La Soirée de Cachupín*.<sup>3</sup>

—Y usted la de Cachupán.

—Y usted, a la calle.

El diálogo fue cortante, asombroso; mis hermanos se atragantaron de la risa y mi abuela de indignación.

Todos sus hijos se disputaban sus favores. Como cierto presidente chileno,<sup>4</sup> no se casó en definitiva con nadie y bajaba los humos a los más petulantes. Ello originó peleas sin fin y obligó a sus nietos a aprender el difícil arte de la dignidad dentro de los dos metros cuadrados. Los encuentros engorrosos se producían en el ascensor. Yo no podía saludar a tía Lolot ni a nadie del primer piso por dos meses. Tres meses más tarde, los del primero y los del segundo no saludábamos a los del tercero. Las cosas se complicaban con los hijos que vivían fuera y cuya “alianza” momentánea no conocíamos de forma clara. En una ocasión, uno de mis primos subió en el ascensor dejando a uno de sus tíos, por medio segundo, con un palmo de narices. Durante 10 minutos subió y bajó de un piso a otro sin devolver nunca el artefacto. Mi tío empezó a ponerse rojo y, ya cerca del ataque de apoplejía, subió de dos en dos las escaleras amenazando con dar de bastonazos al culpable. Mi primo, asustado, decidió quedarse entre dos pisos, el ascensor decidió quedarse en pana y la sangre no llegó el río porque todos los niños, en el momento fatal de la rendición, concertamos una “alianza” provisoria y, tras un sabotaje perfecto, escamoteamos a mi primo de las iras de sus mayores.

Mamá con frecuencia discutía con la abuela. Tenían el mismo carácter. Mamá adoraba a sus hijos y siempre que subía donde su madre, cantaba sus alabanzas.

—Tan rectos, tan inteligentes, tan buenos hijos.

Mi abuela, cuyos hijos no habían sido precisamente un modelo, la miraba escéptica, y una vez le contestó:

—Sí, muy buenos, muy buenos, hasta que descarrilen.

Mamá volvió sulfurada, pero unos meses más tarde, mi hermano Miguel fue a Madrid y en vez de presentarse a examen, se gastó en una juerga homérica todo el dinero del viaje.

---

3. Obra teatral.

4. El general Ibañez.

A la mañana siguiente, se encontró en el Hotel, con 50 pesetas en el bolsillo. Se fue a Telégrafos y mandó un telegrama: «Descarrilé. Miguel».

Si de los Alós de Amilibia<sup>5</sup> heredamos el ensueño, los impulsos quijotescos y el sentido dramático de la vida, los Machimbarrena nos dieron, amén de nuestro genio irascible y nuestra distracción sin remedio, una de las cualidades humanas más maravillosas: el sentido del humor.

Recuerdo muy bien la muerte de la abuela.

En voz baja todos sus hijos recibieron la noticia y se trasladaron inmediatamente a Hernani nº7. La alcoba de la abuela daba a un *living* que comunicaba por una doble puerta con el salón. Ese *living* y ese salón fueron llenándose de parientes y deudos llorosos o impresionados por el momento fatal. Una gran parte de sus nietos estábamos presentes. Tal vez sea la recompensa de los que se resignan a la brega diaria de la vida, a lo prosaico de todos los momentos, la corona de los constantes, de los que no se rebelan, esa muerte majestuosa, espectacular, en la que dos generaciones están pendientes de un aliento irregular que se extingue. Los últimos sacramentos le habían sido administrados cuando todavía gozaba de todo su conocimiento y tan sólo se oía ahora, acompañando su estertor, el susurro de las oraciones que individualmente se rezaban por mi abuela. Repentinamente, la voz clara de mi tía Pilar se elevó, desde la alcoba mortuoria, con autoridad:

–Rezaremos todos juntos la letanía de los agonizantes.

Y las estrofas con su angustia morbosa se desgranaron sin piedad.

Si algo encuentro terrible e inconsecuente en las muertes católicas, es que al lado de la paz y de la belleza austera de los últimos sacramentos, los parientes necesitan mezclar esa horrible letanía, ese clamor al cielo pidiendo misericordia por un alma ya purificada. Siempre me ha parecido una fantástica contradicción con el espíritu del Evangelio, con la naturaleza misma que, después de una lucha titánica, sólo ansía descanso. Es la orgía de los supervivientes, el fetichismo de los caníbales, las encantaciones de una tribu ansiosa de anular una amenaza. Las religiones nunca se anulan, sólo se sobreponen

---

5. Antepasados de Deba que tenían su casa solar en Lastur.

y es precisamente, a través de las religiones, donde los humanos dejan ver sus raíces cavernarias. El terror vuelve a aparecer en su forma primitiva, es el terror del hombre solo ante su creador, el terror del desierto, la angustia de lo desconocido.

Felizmente, mi abuela estaba ya inconsciente y entregó su cuerpo agotado sin participar en morbosidades que, en su sano juicio, hubiera desaprobado.

Con la muerte de mi abuela, murió también la llama del espíritu liberal en casa de mis tías.

Volví a ponerme de luto riguroso. Creo que el negro y el lila han sido los colores predominantes de mis trajes de niña. Los lutos españoles eran, en mis tiempos, inexorables: tres años por los padres, dos por los abuelos, uno por los hermanos, tres meses por los tíos. Las familias eran numerosas y era raro el año en que podíamos usar colores frívolos. Tal vez por ello, me cuesta ponerme colores alegres y, sólo con el correr de los tiempos, me estoy familiarizando con el rojo, el verde, el amarillo. Es posible que cuando sea vieja os lamentéis, hijos míos, de los gustos tropicales de vuestra madre.

# Talcahuano, Chile

**16 de junio de 1958**

Ayer volví de Santiago, donde pasé seis días. Fui al dentista. Algún día tengo que escribir un ensayo sobre el arte de morir con los dientes puestos. Lástima que la técnica dental siga tan atrasada o que el material del cual están hechas nuestras bocas sea tan dificultoso y no permita las placas perfectas, pues nunca llegaremos a ser realmente civilizados mientras no eliminemos, a partir de los 30 años, todos esos apéndices que tienen nervios, se inflaman, se pudren, se ramifican, producen ciáticas, dolores de cabeza, palpitaciones cardíacas, amén de la cima del dolor humano conocido con el nombre de pulpitis. No sé lo que haré si el doctor Tosso se retira o fallece antes de que se liquide totalmente mi dentadura. A nadie puedo entregarme con tanta confianza, ni nadie ha despertado, con su arte, mayor gratitud.

El intermedio dental gracias a este hombre nortino, sereno y bondadoso, fue lo menos desagradable posible y pude disfrutar en los pocos días que me quedaban, del calor humano de la amistad. ¡La amistad! Ese sentimiento del que gozamos inconscientemente en nuestra juventud, pero que en nuestra madurez nos proporciona momentos de un solaz incomparable. A los 20 años el amor ocupa nuestros pensa-

mientos en forma casi exclusiva y cuando no es el amor, la ambición de hacer grandes cosas nos arrebató el sueño. Somos egoístas y duros, y la amistad sirve tan sólo para vaciar el exceso de nuestros amores. Así vemos en las tragedias clásicas, aparecer el eterno confidente, cuya única misión es la de servir de recipiente a las lágrimas de los protagonistas.

A partir de los 30 años los sentimientos se apaciguan, las ambiciones se recortan y empezamos a valorar cosas secundarias o mínimas que no adquieren sus exactas dimensiones hasta la vejez. Cuando llegan las arrugas inmaquillables, o los achaques repugnantes, volvemos a distorsionar el enfoque y un postre favorito o un hobby agradable pueden adquirir por su privación, o por su goce, contornos de tragedia griega. ¡Bendita madurez que nos proporciona los placeres más refinados del espíritu y del cuerpo!

En casa de mis amigos me sumergí en música. Las radios de Concepción me tenían, desde hace nueve meses, en ayunas. Oí Beethoven que me encanta, Bach que me aburre y Grieg y Brahms que me arrebatan...

# La música me devuelve mi familia. El Estado español en tiempos de la monarquía

Ramón fue el único de mis hermanos que estudió música. Sólo dos años. Sin embargo, tocaba con una gracia y un recogimiento que indicaban verdadera vocación. Mozart, Litz, Brahms, Chopin eran sus autores favoritos. ¿Por qué estudió tan poco? ¿Por qué no se dedicó de lleno a un arte que era su verdadera pasión? tenía que ser abogado. Eso fue una de las manías de Papá. No quería que sus hijos fuesen militares y pensaba que Leyes ofrecía un campo ilimitado con la diplomacia, la política, la magistratura. Probablemente sus sueños de grandeza fueron también ilimitados. La música, la pintura eran pasatiempos para los grandes señores e incluso se avergonzaba si lo sorprendían, pincel en mano, haciéndome un retrato.

La personalidad de mis hermanos, en vida de mi padre, fue más bien apagada y solamente Joaquín opuso una resistencia gloriosa a cualquier intento de subyugación. Joaquín tuvo siempre fama de chiflado a pesar –o a causa– de una inteligencia tan rápida y profunda que resultaba un problema para sus profesores. En la época de las Humanidades, y por no molestar a una familia conocida que les enviaba sus seis hijos, los Maristas optaron por ignorarlo. Joaquín pasó la mayoría de su tiempo en la biblioteca del colegio. A los 16 años, al terminar su bachillerato, quiso ser marino inglés. Costó un triunfo con-

vencerlo de que no podía renunciar a su nacionalidad. Admiraba a Inglaterra, sus instituciones democráticas; se sentía exiliado en un país, sin matices, sin delicadezas, sin tolerancias.

Pero antes de contaros la historia de vuestros tíos, que juzgo importantísima para que conozcáis también vuestra propia personalidad, voy a tratar de hacer un esquema de la vida política y social del Estado español antes de la guerra civil.

La monarquía constitucional se desarrolló en Estado español de 1900 a 1918, aproximadamente. El Estado español fue gobernado por los partidos liberal y conservador que se disputaban el poder, un poco a la usanza inglesa. Doña María Cristina, regente prudente y práctica, no fue nunca popular en el sentido que le dan los españoles a la palabra, pero fue respetada por todos y querida por muchos. Durante su regencia, tal vez por romanticismo frente a una mujer y a un niño, el pueblo español acató el régimen. Cuando Alfonso XIII llegó a la mayoría de edad, no existían republicanos, o se contaban con los dedos.

Desgraciadamente, rodeando a la monarquía y aislándola del pueblo, se encontraba una clase dirigente sorda, ciega y muda a lo que no fuera sus intereses inmediatos.

Recuerdo que los libros de Historia en el Estado español eran pésimos. El patriotismo más vulgar, el culto de glorias pretéritas que no podían retornar, los gestos absurdamente heroicos, eran el tema de fondo de los textos de estudios.

Me figuro que Alfonso XIII fue educado en ese mismo espíritu, pero elevado a la enésima potencia. Lo cierto es que desde muy joven debió sentir la necesidad de hacer algo grandioso, de reivindicar para nuestra patria nuevas hazañas que nos hicieran olvidar el desastre de Cuba. Soñó con ser llamado «Alfonso *el Africano*» y, con idea tan peregrina en la cabeza, amparó y alentó la Guerra del Rif. Después del desastre y ante el descontento de la península tuvo que llamar a un militar sin cultura, pero decidido, que estableciera una dictadura.

Primo de Rivera fue para el rey un mal menor. No fue querido por nadie de la familia real y el mismo rey tuvo que soportar, sonriente, una situación que él mismo había creado.

Recuerdo haber oído contar a mis hermanos muchas anécdotas al respecto.

En un almuerzo en el Club Náutico de San Sebastián, después de las regatas, todo el mundo estaba muy animado y al

final, copas en manos los muchachos, con las infantas a la cabeza, cantaban la copla de moda:

*Militares tampoco me gustan  
que a veces me asustan  
con el espadín.*

Y la infanta Beatriz, volviéndose a los que la rodeaban, dijo con picardía:

–Cuidado, que nos puede oír Primo.

El rey en otra ocasión se dirigió a Joaquín y le preguntó:

–Dime Amilibia, ¿qué piensa tu padre de la situación?

Papá no ocultaba su oposición al Gobierno y criticaba a Primo de Rivera en cuanta oportunidad se le presentaba.

Joaquín miró al rey en silencio y Alfonso XIII le dijo:

–No te preocupes, muchacho. Sé muy bien lo que piensa tu padre. Salúdalo de mi parte.

Corría 1927 y el descontento, asfixiado por la dictadura de Primo de Rivera, volvía a levantar cabeza y a manifestarse claramente. Los primeros grupos de republicanos empezaban a formarse y a conspirar. Mi hermano José formó parte de ellos.

¿Qué hacía el rey mientras tanto? El rey regateaba, salía de caza, tenía amiguitas y, en general, llevaba la vida frívola de un gran señor de la época. ¿Era malo Alfonso XIII? Sinceramente creo que no. Irradiaba simpatía. Era campechano, mal hablado y, supongo que a su manera un poco peculiar, amaba a su país. Lo demostró cuando en 1931, se negó a protagonizar una guerra civil y salió de su patria sin crear conflictos innecesarios.

Pero el rey no fue educado para cumplir con su oficio de jefe de Estado. Fue educado por un militar y un sacerdote, los dos pilares españoles del atraso y del oscurantismo. ¿Qué sabía Alfonso XIII de economía, de problemas sociales, de la evolución de Europa? Probablemente muy poco.

Por lo demás, las clases sociales en España, en 1927, se reducían al concepto evangélico más simple: los ricos y los pobres. No existía la clase media, ese solio sobre el que se apoyan las democracias modernas, esa clase media tan ridiculizada bajo el nombre de *petit bourgeois*, pero que es la sal de la tierra, el condimento indispensable de toda colectividad humana progresista y que no vacilo en calificar de heroica. Y si

al decir «no existía», soy un tanto radical; no exagero, sin embargo, al afirmar la absoluta insignificancia que tenía en la vida política y social de mi país. Ser clasificado de clase media era la muerte para cualquier individuo. La idea se asociaba, no con una clase progresista y en evolución, sino con un estrato estancado y sumiso de la sociedad. Podía ser representada por el dependiente de la tienda, el oficinista a 300 pesetas al mes, el negociante obsequioso, el maestro de escuela de levita gastada y, en general, con todo individuo a quien se le exigía cierta decencia en el vestir, pero mayor deferencia aún en el trato con sus *betters*. Creo poder afirmar, sin equivocarme, que entre la aristocracia y el pueblo existía una afinidad misteriosa que hacía resaltar más el abismo que separaba a la clase media de la sociedad.

La sociedad comprendía a la alta burguesía sin pergaminos, pero con muchas generaciones de rentistas, y a la aristocracia, con dinero o sin él. Todos ellos se conocían y se tuteaban al primer encuentro. Todos ellos hablaban la misma jerga. Todos ellos decían «mi mujer» y no «mi señora». Todos ellos te llamaban preciosa o divina, pero no te dirían linda, ni maja. Te tratarían de cretino o animal amistosamente, pero no dirían «Buen provecho» si estabas comiendo, ni «Salud» si estornudabas y, en general, podían permitirse el lujo de la mala educación porque no necesitaban presentar constantemente sus credenciales.

Los jóvenes de la alta sociedad estudiaban e iban a las Universidades, pues un cierto barniz intelectual era de buen tono, siempre que no lo sacaras demasiado a relucir y te aseguraba, además, los grandes puestos en la diplomacia, en la política, en las finanzas. La Artillería era la carrera natural para el mayorazgo de una familia linajuda si era inteligente, o la Caballería si su materia gris resultaba insuficiente.

¿Y los tontos, los incapaces? Habitualmente ocupaban algún puesto inocuo, pero pomposo, en las grandes compañías de las cuales sus papás eran consejeros y, en el peor de los casos, representaban con éxito alguna firma automotriz.

La importancia de una carrera era incluso relativa, porque siempre existía el respaldo de unas rentas que aseguraban un futuro ocioso de deportista elegante.

El Sur del Estado español era el dominio de los poderosos terratenientes, con sus olivos y viñedos, con sus criaderos de ganado Miura, sus toreros de tarjeta postal y el oropel de

una España pintoresca que nos llevaba, con ritmo vertiginoso, al desastre.

Mas el desastre se ocultó, traicioneramente, tras el falso bienestar que siguió a la guerra de 1914.

Francia, nuestra vecina, se hallaba empobrecida con un franco raquítico y, por comparación, la peseta aparecía gorda y reluciente. Fue la época del contrabando desenfrenado que se ejercía con furor deportista, no por necesidad, sino por el placer de burlar a los aduaneros franceses, amén del ligero cosquilleo de peligro que proporcionaba. De Francia se importó tan sólo la moda execrable de la época, el *charleston*, las novelas picarescas, una cierta preocupación en materia de decoración, pero se ignoró la Francia verdadera de esfuerzo, de ahorro, de cultura.

La clase dirigente del Estado pensó que éramos ricos, porque los demás estaban empobrecidos, se creyó culta, porque aprendió el *slang* del *set* internacional; moderna, porque sus mujeres se cortaron el pelo y aparecieron sin velos los homosexuales y, patéticamente, bailó al son enloquecedor de un ritmo negroide, sin observar que el tam tam presagiaba cambios más profundos en las estructuras sociales.

Los valores reales que existían en su sociedad fueron apagados por la cháchara fascinante de una bandada de papagayos inconscientes.

El pueblo era en gran parte analfabeto, pero de una sabiduría arcaica; mal vestido, pero con donaire natural; resignado, pero con arrebatos fieros. Un pueblo que, como la lava de un volcán, sólo necesitaba un ligero sacudón para desbordarse.

Se estimaba que era católico porque cumplía con todos los ritos externos, no obstante, su ignorancia religiosa era enciclopédica y blasfemaba con una variedad que causaba escalofríos.

El obrero era progresista, trabajador y acucioso en las zonas industriales, mas su sueldo era bajísimo y no podía pensar en el ahorro que permitía a su colega francés soñar con la jubilación y la modesta casita. Las leyes sociales eran, en la práctica, inexistentes y en su vejez dependía de la benevolencia de sus patrones, o de la caridad de una sociedad con muchas alharacas de cristianismo y un olvido total del mandato evangélico. En 1925, la sociedad española tenía fundamentalmente una estructura victoriana y sólo las apariencias eran modernas.

El obrero agrícola vivía en un desamparo aterrador en gran parte de la península y, salvo en las Vascongadas, Cataluña y Valencia, dependía de la buena voluntad de su amo y señor, que se diferenciaba del Señor de Horca y Cuchillo en que sus medios de represión eran más lentos y refinados. Era, también, un peligro constante para los afanes de mejoramiento del obrero industrial, pues, en épocas de desesperanza, acudía a las fábricas en busca de un trabajo cuya remuneración resultaba irrisoria.

El español era honrado y celoso. No en vano toda su literatura clásica reposa sobre un concepto quisquilloso del honor. Desconocía todo problema sexual con estupendo egoísmo y la mujer española bien merece el calificativo de santa sin beatificar. En un pueblo sin matices, la condición de la mujer no podía ser más desamparada. Existía la mujer honrada y la otra. La una era una santa, la otra, basura. La primera era el tabernáculo donde se incubaban los hijos; la segunda, el estercolero donde se vaciaba toda lubricidad. Lo más probable es que la mujer casada se consumiera de deseos insatisfechos y la libertina quedara frígida de asco. Las dos –para los 35 años– estaban sexualmente enterradas y la solterona era una españolísima institución.

Pobre mujer que amaba a los niños como una leona en ese desierto de sus afectos, único amor que podía madurar y saciarse porque no exige correspondencia, única fibra de belleza y lirismo en una vida casi yerma de alegrías.

Conocí a una campesina vasca, inteligente y menuda como se dan con frecuencia, pero ya en el albor de los 55 años. Tenía las mejillas arrebatadas, la piel reseca, su nariz prominente había adquirido un color sospechoso. Había tenido diez hijos, se levantaba a las 4 de la mañana y en el amanecer gris y lluvioso de mi tierra, aderezaba el carricoche y partía para el pueblo más cercano a vender la leche y los productos del caserío. A su regreso, hacía el aseo, lavaba, preparaba la comida y de pie servía a sus hombres. A las 2 de la tarde, se sentaba junto al fogón con su plato de porotos<sup>6</sup> y una taza de aspecto inocente; media hora más tarde, la taza estaba vacía y la campesina dormía con su nariz apoyada en la saya negra de su vestido. Un ligero vaho alcohólico flotaba discretamente en el ambiente

---

6. Porotos: alubias.

mientras las gallinas, cada vez más audaces, osaban picotear las migajas del suelo. Cuando los ronquidos de la casera se hacían patentes, la gran perra gris entraba silenciosamente, se acercaba a los porotos y, de dos lengüetazos, liquidaba el almuerzo. La campesina despertaba una hora más tarde, miraba absorta su plato vacío, suspiraba y se disponía a fregar sus ollas. De diez hijos sólo le quedaban cuatro; el trabajo fue incesante, la recompensa nula; el marido inútil y alcoholizado. ¿No estaba, por ventura, justificada al probar el brebaje que, desde los tiempos bíblicos, proporciona el olvido?

Para daros una idea más completa del panorama general de mi tierra entre 1920 y 1930, no puedo pasar por alto una fuerza esencial en la vida española: la Iglesia católica. Lo hago con relucencia y doloroso encogimiento porque he sido profundamente religiosa, lo soy todavía y lo seré sin remisión. Me sería más fácil describir esa falla total de una misión sublime, si hubiera visto en estos últimos veinte años una reacción verdadera, una evolución natural, un ansia de rectificar viejos yerros. Desgraciadamente, la Iglesia sigue en el Estado español fomentando una religión de fetichismos, puramente externa. Tengo en Chile un viejo y muy querido amigo sacerdote, modelo de cristianismo, cazador profesional de almas que, con su ejemplo, ha suavizado felizmente la idea general que yo tenía del catolicismo y me permite escribir estas líneas, sin rencor, hacia los que me lanzaron a la difícil tarea de buscar a Dios por mi cuenta.

La Inquisición dejó en el Estado español una huella impecedera y la religión estuvo ligada a visiones pirotécnicas. La recompensa y el castigo eran inapelables y mi infancia hubiera sido definitivamente ensombrecida por el terror del infierno si una madre piadosa, inteligente y buena, no hubiera iluminado con su espiritualidad una religión basada esencialmente en el amor.

Los ejercicios espirituales estaban llenos de anécdotas escalofrantes. Para atenuar este terror estaban las novenas, los triduos, las estampas, las capillitas que se paseaban de casa en casa, las medallas, los escapularios, las reliquias, las Vírgenes de un lugar y otro. Toda una corte que convirtió al catolicismo español en una religión esencialmente politeísta. Se rogaba a San Antonio pidiendo el matrimonio, a San Cristóbal para lograr un buen viaje, a Santa Bárbara para que nos librara de las tormentas —«Santa Bárbara doncella, líbranos de las

centellas»-. ¿No recuerda todo esto el enjambre de los dioses del Olimpo greco-romano?

Todos los niños sabíamos el catecismo como loros, sin entender, felizmente, la mitad de lo que decíamos; pero qué poco conocíamos el Sermón de la Montaña.

A los 25 años y en plena desorientación religiosa, una herética amiga me prestó una Biblia y quedé subyugada por la belleza y la fuerza que eran la base de la religión cristiana. Allí estaban los episodios que Mamá me había contado y que en la misa vienen fraccionados, pero leerlos en su conjunto fue un impacto de una emoción desconocida. Los salmos de David, cumbre del lirismo de todos los tiempos, hicieron renacer vacilante una fe sepultada por una avalancha de amuletos.

La religión estaba ligada al Estado y los sacerdotes venían a ser una especie de funcionarios públicos cuyo puesto era inamovible. Como muchos empleados asegurados de impunidad, descuidaban sus deberes fundamentales y cumplían exclusivamente con su rito externo. En los pueblos chicos no gozaban de respeto, pero sí de envidia por su situación privilegiada y todas las madres de modestos medios soñaban con tener un hijo sacerdote que asegurara su vejez. De ahí tantas vocaciones provocadas artificialmente, tantas vidas corrompidas en su base y que tuvieron que hacer equilibrios entre Dios y Mammón. La caricatura del sacerdote grueso y sanguíneo no era ninguna broma, sino una realidad demasiado frecuente. Conocía todos los secretos del pueblo, gozaba de tanta autoridad como el alcalde y de una influencia subterránea mucho mayor, influencia que bien empleada hubiera podido dar magníficos frutos. Desgraciadamente, la Iglesia católica no supo mantenerse por encima de las ideas políticas y se abanderizó, lanzó anatemas, se identificó con el orden injusto establecido provocando después la hecatombe que todos conocemos. Desde que llegó la República, luchó sin disimulos por derribarla.

Cuando el pueblo durante la guerra quemó iglesias o fusiló sacerdotes, no fue –como hipócritamente se dijo– un ataque a la religión, sino a una fuerza oscura, poderosa y organizada que socavaba todas sus conquistas.

## La religión verdadera, espiritual y cristiana, el pueblo ni la conocía

La historia se repite y no hay nada nuevo bajo el sol. Los lugares comunes y los proverbios nos parecen insípidos e idiotas cuando somos jóvenes y sólo más tarde nos damos cuenta que son el compendio de una sabiduría de siglos.

Si observáis todo lo que sencilla y esquemáticamente os he contado, basándome en mis recuerdos, sacaréis la conclusión de que –cambiando las modas, incluyendo ciertos adelantos esenciales como la luz, la urbanización– el panorama es el mismo al que existe siempre antes de una revolución. Igual al de la revolución francesa, igual al de la revolución rusa o a cualquier otra revolución pasada. Los componentes químicos son los mismos: una clase dirigente frívola e inconsciente, un pueblo sin porvenir, una Iglesia ligada al poder, ¿qué faltaba para producir en el ánimo de la mayoría vejada un cambio de opinión de 180 grados? Los intelectuales.

Los intelectuales izquierdistas en el Estado español, en 1930, podían dividirse en dos grupos, la Generación del 98 y la nueva generación republicana.

En el primer grupo se hallaban todos los grandes escritores, ensayistas, pensadores, novelistas, figuras como Unamuno, Pío Baroja, Ortega y Gasset, Marañón, Valle Inclán, etcétera,

y los pedagogos como Ramiro de Maeztu, Fernando de Los Ríos, Américo Castro. Todos ellos eran librepensadores, mas poseían un defecto esencial para poder apadrinar un movimiento nuevo y regenerador. Eran una compañía de escépticos y derrotistas. Todos los reveses que había sufrido España en Cuba, en el Riff, su atraso social, lo achacaban, no a la incompetencia de una clase dirigente ciega y egoísta, sino a la incultura e indisciplina del pueblo. Todos ellos en el fondo dudaban que la península pudiera resurgir bajo cualquier régimen y sus obras estaban dedicadas exclusivamente a una élite. No obstante, si no sirvieron de aliento a la nueva generación republicana y al pueblo, sus acerbas críticas al orden existente minaron el prestigio de la monarquía y de sus instituciones.

La nueva generación republicana fue una generación donde las vocaciones líricas predominaron, tal vez porque el ideal y el afán de reformas son sentimientos apasionados, pero esta generación empezaba a dar sus primeros pasos cuando llegó la República. En los dos movimientos intelectuales se advierte, no obstante, la carencia del novelista popular. Por ello me atrevería a decir que la República llegó solita, huérfana, sin padres conocidos y cayó en nuestro regazo como cae la fruta bien madura, sin necesidad de desprenderla. Los escasos grupos republicanos que actuaban en la sombra no tenían fuerza articulada suficiente para apadrinar a la recién llegada, ni programa social trazado.

«Republicano» era una palabra que tenía en sí misma un tinte revolucionario, sin embargo, afirmo rotundamente que la única ambición de los republicanos era vivir dentro de una democracia. No deseaban trastocarlo todo, sino recortar feudales privilegios y ofrecer una oportunidad a cada uno de los españoles. Los fines eran modestos y los medios timoratos, pero la expresión era apasionada, combativa y correspondía al histérico desprecio de sus adversarios.

Las mejores obras de la Literatura española no han sido nunca escritas, sino habladas y, si con una imaginaria cinta magnética pudiéramos recoger los pensamientos y las expresiones de los círculos literarios y políticos, quedaríamos pasmados por la inteligencia y la luminosidad de nuestros compatriotas. El intelectual español desmerece mucho al sentarse ante su escritorio. Necesita la emoción de la dialéctica para brillar con luz refulgente. En la soledad, tiene miedo de ser superficial y se embaraza con un bagaje de cultura arcaica

que paraliza sus ímpetus vitales y sus ideas más interesantes. Son conceptuosos ensayistas, discretos comentaristas de literaturas pasadas, pero, en general, pesados novelistas. Y es el novelista el que alcanza a las masas lectoras y las hace vibrar con los problemas sociales.

En América, en los albores de la Guerra de Secesión, una novela sin pretensiones, *La Cabaña del Tío Tom*, fue capaz de inflamar los ánimos y de desprestigiar un sistema de vida tan difundido y aceptado. En Francia, Rousseau, Voltaire, en Rusia, Tolstoi, Dostoievsky sembraron la semilla que cosecharon las revoluciones. Dickens fue el padre oculto de las reformas de Disraeli al poner sencillamente sus dedos en esa llaga capitalista: la explotación del niño.

Los intelectuales revolucionarios llegaron con la República, fueron hijos de la República que produjo una verdadera renovación, un Siglo de Oro de nuestra literatura lírica. De esa pléyade brillante, uno sólo, no obstante, tenía el corte clásico de los iluminados, de los que inflaman las masas. Fue certero, sí, el instinto de los asesinos que nos arrebató a ese legendario andaluz, a Federico García Lorca.

En el Estado español, los oradores se encargaron de la labor de los intelectuales, de difundir sus ideas, de hacerlas vibrar en la clase media y en el pueblo, en una gran masa incapaz de comprender especulaciones recargadas de brillantes paradojas.

Pero los intelectuales que nos gobernaron se entusiasmaron cuando debían haber sentado cabeza y haber planeado fríamente la defensa de la República y sentaron cabeza y se enfriaron, cuando las trompetas de Jericó restallaban bajo nuestras murallas y el pueblo en masa moría alegremente por una causa que muchos de ellos deseaban traicionar.

En esa sociedad que despertaba, que empezaba a emocionarse ante las injusticias sociales o –vano intento– trataba de justificarlas, que se estremecía al sentir las corrientes subterráneas que vibraban bajo sus pies, me tocó vivir parte de mi infancia y mi adolescencia.

# Mis hermanos

**E**s muy difícil calificar a un individuo, pues corremos siempre el riesgo de limitarlo. No obstante el calificativo era una costumbre corriente en las familias numerosas, y así el rasgo dominante o incipiente personalizaba al hijo y, a menudo, lo cargaba con una reputación que lo perseguía la vida entera.

Del carácter de mis hermanos, de sus tendencias o amores, poco supe durante mi infancia y sólo más tarde a través de cartas, anécdotas y de observarlos ya maduros, he podido desentrañar su verdadera personalidad.

Cuando era adolescente los sintetiqué así:

JOSÉ, el triunfador;

MIGUEL, el intelectual;

JOAQUÍN, el chiflado romántico;

TATXO, el sensato y humorista;

RAMÓN, el sentimental y místico;

JULIÁN, la tradición.

Todos ellos poseían una inteligencia clara e hicieron sus estudios sin ningún tropiezo. Papá pudo escribir con satisfacción a un amigo: «Este año mis hijos han pasado 36 exámenes

sin ningún suspenso, muchos sobresalientes y notables y pocos aprobados».

Tal vez esa vanidad de mi padre se contagió a los hijos y fue pernicioso, pues recuerdo que mis hermanos sólo admiraban la inteligencia y se consideraban muy superiores a sus compañeros menos dotados. Sin embargo, dos de mis hermanos estaban mucho mejor equipados para las artes que para la especulación pura y, si Julián pudo desarrollar un dibujo admirable y menor, olvidado y perdido, fue la conquista sordida de un plato de porotos lo que hizo estallar un talento oculto. Ramón amó la música con fervor, pero avergonzado, como ante un amor ilegal –como se quiere a una querida fea e inculta que ha despertado los sentidos. Veinte años de una vida enloquecedora mataron la llama y nunca pudo dedicarse a esa pasión juvenil que, tal vez, hubiera servido de aliento y morfina en una existencia aniquilada en aras del más puro quijsotismo.

Mis hermanos nacieron en rápida sucesión con tres años de diferencia en el más esperado de los casos y once meses en el cercano. Felizmente, la obstetricia tenía en aquellos tiempos una técnica poco desarrollada y a menudo esta deficiencia proporcionaba a las mujeres un descanso bien merecido. Lo cierto es que después de los seis varones, Mamá durante ocho años no tuvo hijos y tan sólo a los 42 años tuvo una niña que nació muerta y al año siguiente, frenéticamente, llegué yo.

Por afinidades misteriosas, mis hermanos vivieron, en cierto sentido, emparejados. Tal vez trataron de compensar sus caracteres. José y Miguel, a pesar de la audacia y optimismo del primero y de los complejos y timideces del segundo, se desarrollaron en una armonía admirable. Joaquín y Tatxo no podían ser más opuestos. Joaquín era loco y romántico. Tatxo sensato y tranquilo. Juntos formaron una pareja inseparable. A pesar de que Julián era amante cultivador de las leyendas pasadas y pontífice moral de las acciones familiares, nunca peleó con Ramón que se reía de todas las grandezas, lo pinchaba y oponía una sencillez guipuzcoana frente a todos los recuerdos pasados. Los dos eran buenos músicos y, ¿qué hacían mis hermanos? ¿Qué vida llevaban? En realidad, si no hubieran poseído una inteligencia inquieta y una sensibilidad más aguda que la corriente, sus vidas se hubieran amoldado a los clásicos cánones del señorito español: deportes, alternados con estudios y, sobre todo, la vida vacía de la sociedad, los bailes, el bridge, amores clandestinos con las empleadas o las mujeres de vida

dudosa y un matrimonio basado más en las conveniencias que en el amor. No obstante, el puritanismo de nuestro padre, su inquietud hacia los problemas políticos, su intransigencia en los principios morales representó la semilla que en mis hermanos se traduciría en entusiasmo y participación en la gran encrucijada histórica que, subterráneamente, se venía preparando hace años. La religiosidad de mi madre, su misticismo cristiano, fue la levadura que nos llevó a todos a jugarlos enteros, sin un momento de vacilación y con un fervor apasionado, en la guerra despiadada que despedazaría y trituraría nuestro círculo familiar.

En verano, San Sebastián se transformaba en un centro cosmopolita y el Gobierno asentaba sus Ministerios, sus intrigas y sus problemas en nuestra ciudad. La familia real se instalaba en el palacio que dominaba la bahía y, gracias a ello, los problemas políticos quedaban relegados a segundo orden y todo el mundo olvidaba las taras del país para lanzarse al mar, a los Clubes, a la vorágine de la vida social. Lentamente, entre fines de septiembre y la primera quincena de octubre, la ciudad volvía a adquirir sus características de capital provinciana. Llegaban las primeras borrascas del mar, el cielo se ensombrecía y nuestro pueblo olvidaba sus pretensiones internacionales para cobijarse santamente en sus costumbres anticuadas. Como las oscuras golondrinas, nos abandonaban las corridas de toros, las zarzuelas constantes, el bullicio de las calles, los bailes hasta la amanecida, el casino y el juego y el ritmo lento de una ciudad dormida y lluviosa nos tranquilizaba pausadamente. La sociedad se cerraba como una ostra ante el extranjero y las distracciones adquirían un carácter más íntimo e infranqueable. Se jugaba al bridge, se reunía en los teatros para ver la última película, se aburría en los Clubes, pero toda esta vida se hacía en el círculo íntimo de los conocidos.

Mis hermanos en verano no paraban en casa. La playa y las regatas los devoraban diariamente. A la tarde el tenis, la pesca, los *thé dansants* y a la noche las comidas de gala y los bailes del Club constituían una agitación torbellinesca. Todos adquiríamos lo que Mamá llamaba la «mascarilla del verano» y, bronceados y emborrachados por el mar, olvidábamos el tren-tren de nuestro sueño invernal. En invierno mis hermanos estudiaban. La verdad es que nunca necesitaron profesores y estudiaron todos ellos por libre. Fueron sin duda alguna autodidactas y por ello me admiro al pensar en los magníficos pun-

tajes que sacaban en sus exámenes. Valladolid era la Universidad en que se presentaban todos ellos y aquélla no era universidad fácil. Joaquín fue el único que, contrarrestando la influencia de Papá, afirmó sus tendencias científicas y se fue a Bilbao a estudiar a la Escuela de Ingenieros.

Me hubiera gustado poder recordar en detalle la juventud de mis hermanos, pero mientras ellos terminaban sus carreras o su bachillerato, yo ingresaba al Colegio de las Monjas. Muchos años de diferencia nos separaban y más aún el ambiente de respeto y veneración hacia la mujer, crearon una barrera infranqueable que me alejaron desde niña de la verdadera personalidad de mis hermanos. Felizmente, éramos una familia de extravagantes y, gracias a ciertas crisis que a la muerte de Papá se presentaron paulatinamente, puedo dar a este relato cierta sincronización. Al desaparecer la autoridad de mi padre, como las crisálidas que se tornan mariposas, surgieron con vigor propio los egos de mis hermanos. Antes de afirmarse, sufrieron una serie de luchas e inseguridades. La muerte de mi padre, después de una larga y penosa enfermedad, se adelantó en cuatro años a la crisis económica mundial que afectó también ligeramente a nuestra familia.

No me gustaría que os formarais una idea errónea de mi padre. Su autoridad e influencia no estaba basada en una tiranía arbitraria. ¡No! Era una autoridad que emanaba de él naturalmente, sin necesidad que la impusiera. Era la autoridad que emana de un cariño profundo y de un ejemplo imborrable. Mis hermanos respetaban a mi padre porque lo admiraban. Yo no recuerdo haber visto nunca a papá enojado, mientras que recuerdo con una sonrisa tierna las rabietas de mi madre. Mi padre con una sola mirada conseguía sus fines, Mamá necesitaba echar mano de todas sus artes maquiavélicas para torcer nuestras voluntades.

Mis hermanos se apoyaron inconscientemente en mi padre y a su muerte, para romper con muchos de sus prejuicios anacrónicos, necesitaron librar una lucha íntima hamletiana. Joaquín y Ramón, que eran de temperamento más rebelde y sensible, fueron –creo yo– los que más sufrieron de una orfandad que nos cayó sorpresivamente.

Trataré de ir presentándoos a vuestros tíos uno por uno, no según sus edades, sino a medida que surgen las dominantes de sus caracteres y destinos.

## José. Su personalidad

No recuerdo a José, mi hermano mayor, en sus tiempos de soltero. Se casó muy joven y mi visión más lejana se relaciona con el día de su boda. Tenía yo 6 años y quedó convenido en que llevaría la cola del traje de la novia. La ceremonia significó para mí la primera y la última representación pública y quedé asqueada definitivamente de las vanidades mundanas.

Por supuesto que me sentía importantísima y preciosa en mi horrible traje malva, con la cintura a la altura de los muslos y mi sombrero enorme cuajado de flores. Entrar en la nave siguiendo el cortejo, bajo la mirada ávida de amigos y curiosos, sentir el órgano estallar en acordes triunfales, oír los fogonazos de los fotógrafos, todo ello fue una droga excitante y nueva. Pero nadie me advirtió cómo se desarrollaba el oficio del matrimonio y, una vez solos los novios, los ministros del Señor y yo frente al Altar Mayor, ejecuté, bien a la vista del público, una danza de grulla alocada, precipitándome sobre la cola del vestido de la novia cada vez que ésta se levantaba, se arrodillaba, o simplemente movía el brazo. La estabilidad del velo estuvo en un peligro constante y me figuró que mi cuñada me odió desde el fondo de su corazón. Mi hermano, una vez terminada la ceremonia, se burló de mí y yo me sentí terriblemente humillada.

Desde muy joven José se había enamorado de la que sería mi cuñada. A Papá le hubiera gustado hacerle la boda con la hija de una familia amiga de San Sebastián; pero mi hermana, mientras aparentemente no se negaba a visitar a los Murúa, todos los veranos flirteaba vertiginosamente con Luisa. Las muchachas no se le resistían fácilmente, porque a la gracia y alegría de su conversación, unía una estatura aventajada, unas facciones muy regulares y unos ojos negros maravillosos.

Luisa pertenecía por su padre a una familia de origen francés y por su madre a una antigua familia de la montaña. Tenía una bonita fortuna. Se enamoró de mi hermano y su temperamento tranquilo y pacífico sirvió de contraposición saludable a los arrebatos de José.

La personalidad de José era fascinante por su vitalidad. Desde los 20 años se había independizado de Papá económicamente. Se presentó y ganó las oposiciones de abogado al Ayuntamiento de San Sebastián, bonita hazaña para un muchacho recién recibido. A los seis meses de ejercer sus funciones, todos sus subalternos lo adoraban y divertíanse con sus ocurrencias.

Un día la condesa de X se presentó en su oficina y con gestos perentorios rechazó al escribiente que la atendía y exigió hablar con el Jefe de la Oficina. Era una mujer joven, pero con la insolencia de ciertos aristócratas, pensó tratar de arriba a abajo a ese mozalbote abogado que se decía el jefe. A las primeras palabras de mi hermano, lo interrumpió:

—Le prevengo, joven, que soy la condesa de X y que tengo trato de Excelencia.

—No tengo ningún inconveniente, Señora —contestó José recordando oportunamente una costumbre en desuso— en darle el trato de Excelencia, siempre que usted me dé el de Usía Ilustrísima que me corresponde como primogénito de título de Castilla.

Y la discusión por una miserable cuenta de agua se deslizó ridícula, con reverencias, Excelencias, Usías Ilustrísimas, besamanos, provocando la alegría incontenible de toda la oficina y la sorpresa intrigada de la joven insolente.

Otro recuerdo de José soltero fue *Pussy*. Lo trajo un día metido en el bolsillo de su abrigo. Era un gatito de un mes, negro, flaco, con cara de pescado y venía con los ojos extraviados por el terror. José lo había rescatado de las manos de

unos chiquillos crueles que pretendían ahogarlo. *Pussy* fue mi compañero incansable de juegos y se enamoró de Julián que lo cuidaba y protegía de las indignaciones de Mamá. Pobre *Pussy*, tan feo y tan fiel, que pedía humildemente que le entregáramos el canario, pero que lo cuidaba como un perro guardián siempre que quedaba al alcance de sus garras. Pobre *Pussy*, que fuiste una institución en nuestra casa y que abandonamos al partir, sin entender tus lamentos de vejez, ni la suplica acongojada de tus verdes pupilas, ni tus presagios de muerte. Tú no querías amos pasajeros ni casas extrañas donde no sintieras el olor peculiar de tu única familia. (Animal cabalístico unido al presagio por mil signos remotos ¿qué quisiste decirme, en mi última visita cuando, en la casa vacía, seguiste paso a paso los movimientos rituales de mi partida?).

Una vez casado, mi hermano se fue a vivir a Madrid, ¡pero cómo disfrutábamos todos cuando llegaba de visita a San Sebastián! Con él entraba una ráfaga de alegría, bullicio, interés, misterio, comicidad. Conspiró, llevó panfletos del Norte al Sur del país, burló la detención de la Policía, organizó en su casa la reunión del famoso Pacto de San Sebastián y todo ello lo realizó sin darse importancia riendo, jugando, divirtiéndose tan locamente que contagiaba a todo el mundo con su optimismo congénito. Su presencia de ánimo era admirable y su inteligencia le permitía medir el peligro y salir airoso de cien situaciones peligrosas o engorrosas. José, el Imbatible, pensaba yo, con mi admiración ciega de niña.

José pertenecía a una generación que se estaba cansando con el derrotismo y falta de aliento de la Generación del 98. El Estado español estaba perdido, sin resortes vitales –les decían– pero ellos eran jóvenes, llenos de vida, ansiosos de reformas. Con facilidad acusaron a la monarquía de todas las faltas existentes. José había aprendido de Papá una lección machacada hasta el cansancio: la lealtad a los principios. Le hubiera gustado ser liberal por seguir la tradición progresista de la familia. ¿Pero dónde estaban los liberales? ¿Qué representaban? ¿Dónde se escondían? Los liberales se habían identificado con la monarquía, con los conservadores, con la corrupción de unos gobiernos preocupados tan sólo de mantener las ventajas de una sociedad sin progreso. La República, renovadora de valores, era la única solución para la juventud moderna. José renunció al título de su padre y se situó en la línea que, por tradición, le correspondía. En la línea de avanzada, de evolución, de esperanza.

# Talcahuano, Chile

**Julio 1958**

**L**a rebelión húngara, el Canal de Suez, el fusilamiento de Nangy y Maletér, las luchas raciales norteamericanas... ¿Qué pensará Ramón, ese soñador empedernido de este mundo nuestro, donde los medios envilecen los fines, donde los equilibrios de las fuerzas internacionales apagan los idealismos, donde las nuevas generaciones quedan marcadas del triste signo del escepticismo?

## **Carta de Ramón:**

«Me aconsejas que me interese por los nuevos descubrimientos, mas sin que esto que te voy a decir signifique un cambio de mis ideas –se mantienen incólumes– te confesaré que me absorben más las maravillas del corazón y del espíritu humano que todas las órbitas descritas por los cohetes intercontinentales». Evasión del presente.

A mí, en cambio, me espantan. Que la vida de toda la humanidad pueda depender de unos cuantos hombres, de su equilibrio emocional, del funcionamiento de sus glándulas o simplemente de su miedo, es tema que da mucho que pensar. El miedo, ese eterno enemigo de la evolución y el progreso. Si

algún día queréis entender la política internacional no os limitéis, hijos míos, a leer las noticias que nos dan los cables. La verdad de los cables tiene cara de mujer adúltera o prostituida. Agarrad, en cambio, una buena geografía o un buen globo terráqueo y observad esos pasos de ballet –adelante, atrás– que dan los gobiernos de los poderosos. Actualmente la geografía nos enseña que los norteamericanos tratan por todos los medios de cercar al oso ruso. Buscan por todo el mundo bases desde donde les puedan lanzar sus cohetes de largo alcance, fomentan los patriotismos ciegos de los pueblos y tratan de ahogar por todos los medios el avance de una ideología que les causa horror. La represión del levantamiento húngaro es la contrapartida del miedo ruso. Es una advertencia para los anticomunistas que viven en la órbita rusa de que no se tolerarán rebeliones que pongan en peligro el actual equilibrio mundial.

Yo pertenezco a esa clase de “pobres imbéciles” que creen en la fraternidad de los pueblos, en la fusión de las ideas, en la osmosis lenta que se produce a través de la convivencia. Si observamos los lemas de las grandes corrientes ideológicas del momento, veremos que difieren bien poco unas de otras, «Libertad, Igualdad, Fraternidad». «Amaos los unos a los otros». «El hombre del hombre es hermano». Pero mientras tanto... armémonos hasta los dientes, hagamos explotar bombas nucleares, emponzoñemos el aire de la Tierra con nuestro miedo abyecto y sigamos lanzando nuestras tropas a las batallas en nombre de Dios y la Humanidad. ¡Habrás visto algo más estúpido! Cuando todos, todos los pueblos, excepto unas camarillas corrompidas, sólo ansían construir su casa, cultivar su jardín y ver crecer a sus niños.

Hace 22 años una generación, un millón de almas, se dejó matar o mutilar por el triunfo de la fraternidad y del progreso humano. Hace ya 22 años y ahora...

¡Eterna ilusión no nos abandones! La lucha fue dura y el camino largo, no cierres el sendero de nuestros hijos. Déjanos la Esperanza.

Mis hermanos.  
Preocupaciones y recuerdos  
de mamá.  
Crisis de Ramón

Miguel leía en el *hall* un número de *Los Amigos de la URSS* cuando entró Ramón en forma apresurada. Atravesó el *hall* y el salón y pasó al *living* donde su madre abría la correspondencia.

–Vi un sobre de la Papelera. ¿Llegaron noticias de Madrid?

–No, querido. Yo no espero carta todavía. El sobre que viste era una relación del último Consejo.

–Después de todo lo que trabajó Papá por la Sociedad, vas a ver que no serán capaces de contestarte.

–Siempre con tu pesimismo. No se encuentra una vacante así como así, de la noche a la mañana.

–¿Aclaraste bien que sólo pretendo un humilde puesto de oficinista?

–Claro, pues, hijo. Tú mismo leíste la carta. Ten paciencia.

Ramón se acercó a la ventana y sin mirar a su madre dijo:

–He pedido a Soledad que me prepare unos sándwiches. Voy a salir esta tarde de pesca y es posible que llegue tarde.

—Ya sabes qué nerviosa me ponen estas salidas a alta mar en época de temporales. Vas en un pesquero grande ¿verdad?

—Si Mamá pero, aunque está nuboso, no hay anunciada galerna.

Su madre suspiró y no contestó. Con una deformación casi profesional, sus miradas no fueron externas sino internas. Su alma se volvió hacia Dios. Desde la muerte de su marido ya no tenía otro apoyo que el Divino. La comunión diaria era para ella más necesaria que el alimento. A veces perdía los estribos ante tanta preocupación y al pisar el umbral de su casa, de vuelta de la Iglesia, rodaban por el suelo sus buenas resoluciones y se dejaba llevar por su descontento. El genio irascible de los Machimbarrena volvía a tomar posesión de ella. Después se sentía avergonzada por esos arrebatos incontenibles. ¡Era deudora de tanta felicidad! Su vida había sido una sucesión de días colmados de dicha y orgullo.

Los primeros acordes de una sonata de Mozart llevaron sus pensamientos hacia recuerdos mucho más lejanos. Ramón se había puesto a tocar el piano y las notas se deslizaban fluidas, rítmicas y tristes bajo sus dedos.

Ella recordó ese día de otoño cuando, con su madre, había ido a pasear al Cerro del Fuerte. Era un día nublado y ventoso como el de hoy —pensó— y el sol hacía apariciones esporádicas. A medio cerro se habían encontrado con Carmen de Amilibia que, acompañada de un apuesto cadete de artillería, venía en sentido contrario. Doña Carmen los había presentado.

—Mi sobrino —había dicho.

Un torbellino de hojas secas los había rodeado. Ese día su destino había echado el ancla. ¿Cómo llega el amor? ¿Cómo resiste las distancias, los años, los desvíos? Después de ese único encuentro superficial no se habían vuelto a ver. Dos meses más tarde, Eustasio partía a Cuba. Recordaba su angustia cuando las conversaciones giraban alrededor de la guerra, cuando se hablaba de las dificultades que encontraba el Ejército español y, sobre todo, cuando se mentaba el vómito negro que hacía más estragos que cualquier artefacto mortífero. Y ese otro temor latente: las cubanas, que todo el mundo alababa por su belleza y gracia. Pero ella no se había dormido. Si Eustasio era artillero, ella también había emplazado las baterías y había sitiado secretamente la plaza. Sabía que Eustasio

se había educado bajo la influencia de su tío materno, don Fermín Calbetón,<sup>7</sup> ministro varias veces y embajador en el Vaticano. Don Fermín veraneaba en San Sebastián y era amigo de su padre. En dos veranos sucesivos había hecho la conquista completa del viejo señor y lo había transformado en su confidente, su amigo. Don Fermín, en las cartas que escribía a su sobrino a Cuba no cejaba de decirle: «No te entusiasmes con alguna cubana. Yo conozco aquí una jovencita encantadora que espera con ansia tu llegada».

Esas líneas repetidas una y otra vez habían intrigado tanto a Eustasio que sirvieron de contrapeso a las tentaciones tropicales, tentaciones peligrosas por alternarse con el fuego de las batallas. Después... el desastre de la Marina, el retiro de Cuba, la vuelta del Ejército, el licenciamiento.

La noticia había corrido como reguero de pólvora entre las muchachas:

–Volvieron los Artilleros. ¿Habéis visto al capitán Amilibia? Es estupendo.

El padre de Eustasio era cónsul en Francia y se había casado en segundas nupcias con una inglesa. Desde joven el muchacho se había criado con su abuela y más tarde con su tía Carmen. Doña Carmen vio repentinamente, sus partidas de tresillo tan concurridas por las muchachas casaderas que, con su gracejo, comentaba:

–Nunca pensé que mis canas tuvieran tanto atractivo para todas estas jovencitas, pero es innegable, desde que terminó la guerra de Cuba, todas ellas me adoran.

Y la lucha sin cuartel había empezado por ese capitán tan apuesto que llevaba un nombre ilustre en la provincia y –detalle muy codiciado en la época– había heredado de su madre una bonita fortuna.

Siempre se asombraba de su fácil victoria. Ella era tan pequeña, sin ninguna belleza especial. Con qué fervor rezó durante aquel periodo de duda.

–¡Dios mío! Haz que él me vea bonita.

---

7. La primera esposa de José Víctor de Amilibia era María de la Asunción Calbetón y Blanchón, hermana de Fermín Calbetón, doctor en Derecho, diputado a Cortes en San Sebastián, ministro de fomento y embajador de España ante la Santa Sede.

Sonreía al recordar la maldad sin disimulos de sus rivales. Sus comentarios. «¿Pero usted Amilibia, encuentra bonita a Corito? Si es una enana. No podrá tener hijos. ¿Le parecen preciosas sus manos? ¡Por Dios! Si son garras».

Pero comentarios y maldades no habían podido nada contra su amor. A los ocho meses de la vuelta de Eustasio, se casaban con toda pompa en la iglesia de Santa María.

¡Qué feliz había sido! ¡Cómo se había entregado totalmente a su marido! Se percató inmediatamente que Eustasio era celoso como un moro. Olvidó entonces su chic para vestir, apagó la gracia infinita de su conversación y la reservó para la intimidad, estudió ese carácter complejo de su marido y aprendió a respetarlo. Su marido pasaba a veces por periodos de depresión y de desesperanza. Nadie se había dado cuenta de su llaga interna. La Guerra de Cuba para ese hombre joven, inteligente y sensible había sido una amargura, una sorpresa, un desengaño sin remedio. ¿Hay algo más triste que avergonzarse de su propio país?

Él le había hablado muchas veces de ello.

–No se puede pretender conservar colonias cuando la metrópoli se halla totalmente podrida. Todo el desastre de Cuba hay que buscarlo, no en la intervención yanqui, sino en el desgobierno que padecemos en España hace años. Hemos apoyado siempre en Cuba a los ultraconservadores, a los explotadores, hemos ahogado su comercio exterior y ahora pretendemos asfixiar un legítimo descontento por las armas. Los Estados Unidos tenían la labor fácil.

Se había negado siempre a aceptar puestos o ventajas que pudieran mezclarlo con la política nacional.

–Actualmente –decía– no hay principios en la clase dirigente, ni sentido del deber. Yo inculcaré a mis hijos esa lealtad a los ideales, esa llama que me legaron mi abuelo y mi padre. Aunque no haga otra cosa. Su puritanismo irreductible, su lucha contra las costumbres fáciles de la época. Cuando sus hijos eran adolescentes les había dicho en una ocasión:

–En mi casa trabajan muchachas jóvenes. Vuestra obligación es tratarlas con decencia y respeto. ¡Ay de vosotros si osáis alguna vez ser atrevidos! Están bajo mi custodia y son mi responsabilidad.

Como un carrete deshilvanado, pasaban por su sueño los recuerdos punzantes.

El retiro de Eustasio del ejército al ver la participación creciente de los militares en la política, el título, y más tarde el entusiasmo, al fin, por una obra creadora. La Papelera Española en la que se había volcado con un ardor juvenil.

Poco a poco, a pesar del voluntario ostracismo social, del aislamiento amoroso en que vivían, recibieron el reconocimiento de las gentes. ¡Cuántos llegaban a consultar con su marido sus casos de conciencia!. El marqués de la Paz, un caballero, fue la nota necrológica unánime de los diarios.

Sin embargo, se sorprendía ahora, analizando, con frecuencia, la actitud de Eustasio. ¿Había sido acertado dejar a los muchachos apoyarse siempre en la fuerte personalidad del padre? ¿Haberles cortado muchas veces las alas? ¿Haber tratado de presionar en sus gustos para conseguir la elección de una carrera determinada?

Se sentía muy preocupada por la orfandad de sus hijos. Todos ellos estaban pasando por una crisis. Era más visible en Ramón, pero la notaba latente y a punto de estallar en Joaquín. Tatxo no le preocupaba mayormente. Tenía una seguridad en sí mismo, un sentido del humor que le harían sortear cualquier escollo. El «hombre de la suerte», le llamaban sus hermanos; no obstante, desde dos meses atrás, lo encontraba huidizo y, si siempre había sido callado e introvertido, ahora la fuente extraordinaria de su chispa sorpresiva estaba apagada y dormida.

¿Y Miguel? ¿Con su orgullo intelectual, con ese orgullo que no le permitía presentarse a examen, sencillamente, como todo el mundo? Bajo la fama de timidez, ella había visto la verdadera razón. Una inteligencia poderosa y un orgullo que no le permitían ser el segundo en ninguna competencia. El segundo había sido en los hechos materiales, pero siempre sobrepasó a José en los estudios y terminaron sus carreras al mismo tiempo. Él fue el primero que hizo penetrar en la familia esa semilla de redención social llamada marxismo. Un nombre que se le antojaba frío y tan judío como el del Anticristo. Inadvertidas para los demás, ella fue la primera que había descubierto en las palabras de su hijo los primeros brotes de una levadura que tanto preocuparía a su marido antes de su muerte. Ella había mirado entre los papeles y las revistas de Miguel, descubriendo esos titulares extraños: *El Capital* de Marx, *Manifiesto* de Engels y, más tarde, los números de *Los Amigos de la URSS*, que leyó ella también asiduamente. El ma-

terialismo histórico, le parecía una patraña seductora fácil de rebatir, pero sentía que bajo el nuevo movimiento intelectual se ocultaban fuerzas poderosas, difíciles de ser opuestas por contener un porcentaje alarmante de razón. ¿Podría ella canalizar esas ansias de redención de su hijo, llevarlo, a pesar de su socialismo incipiente, por los caminos del cristianismo? ¿No eran doctrinas semejantes acaso? Ignoraba si su hijo iba a misa. Salía todos los domingos con ese fin, pero lo hacía en forma tan ostentosa que empezó a sospechar que era tan sólo una cortina de humo lanzada para evitar las discusiones. Como siempre, una plegaria espontánea se formó en su corazón, «¡Ilumínelos, Señor! ¡Ayúdalos a pasar esta crisis!». Si Miguel pudiera casarse –pensó–. Ya tiene 26 años.

Sus divagaciones fueron interrumpidas por el silencio de la casa. Ramón se había levantado, pedido sus sándwiches y, poniéndose el impermeable, se preparaba para partir.

–Si ves a Tatxo en el Náutico, dile que venga temprano. Ha llamado el señor Cuervo y le dije que volviera a llamar a las seis.

–Llámale por teléfono, Mamá. Yo no pongo ya los pies en ese Club de señoritos, juerguistas y ociosos.

–Pero Ramón, por Dios. No seas exagerado. ¿Qué ha pasado? ¿Has tenido alguna discusión?

–No he tenido nada Mamá, pero no me dirás que es un ambiente muy propicio para levantar los espíritus.

–Es un club de deportes, hijo, y tanto tú como tus hermanos habéis disfrutado y disfrutáis en las regatas.

–Sí, Mamá, pero aparte de nosotros y un grupo de deportistas auténticos, el 60% va a allí a chismorrear, a codearse con los reyes o a ver pasar las muchachas. Si vieras las indecencias que se oyen cuando pasa alguna muchacha humilde, te espantarías. Son unos caníbales. Bueno, hasta luego Mamá y no te preocupes.

Una profunda ternura pasó por sus ojos muy negros cuando rozó con sus labios la frente de su madre.

Afuera, empezaba una llovizna muy fina, típica de la zona. El cielo estaba suciamente gris y sólo hacia el monte Igueldo, una ligera claridad denotaba la carrera solar. Sobre el Castillo, unos nubarrones redondeados, de bordes muy negros, presagiaban

tempestad. Ramón enderezó el cuello de su impermeable y calzándose bien la boina se dirigió hacia la parte vieja.

Una ligera brisa se levantó y aspiró con fuerza el aire salobre. ¿Sería capaz el mar, amigo de su infancia, de ayudarle a pasar, a sobrepasar mejor, esta tristeza de fondo, esta angustia, este horrible susto ante el incierto porvenir? Él sabía que necesitaba casarse con urgencia. Recordaba los sueños de su madre y la tonta predicción de una monjita bien intencionada. «Este hijo suyo será sacerdote –había dicho– se le nota en su devoción, en su mirada ante el altar».

Sí, pensó, con qué fe, con qué amor he rezado de niño, pidiendo la vocación sacerdotal, pero cuántas tentaciones no he sentido hacia lo oculto, lo prohibido, lo no nombrado. Recordaba su *shock* cuando en el Club, siendo un muchacho de 15 años, había oído, al ir a buscar su traje de baño, una conversación entre dos jóvenes que con lujo de detalles se contaban su última promiscuidad amorosa. Un escalofrío de horror, unas náuseas lo habían estremecido, pero –se sonrojaba de vergüenza– en vez de echar a correr se había quedado y, oculto de las miradas de los indiscretos, había seguido ávidamente ilustrándose sobre los misterios del otro sexo. La religión había quedado relegada ante los sueños eróticos cada vez más audaces, pero la audacia y la lujuria sólo funcionaban en sus sueños. La realidad le devolvía su pureza. Ante una muchacha, que fuera del pueblo o de la Sociedad, la mujer, idealizada por su padre, volvía a renacer una y mil veces. Necesitaba leer la provocación descarada en los ojos de una mujer para que sus pensamientos se deslizaran por cauces prohibidos.

Había quedado, sin embargo, asqueado para siempre de sus compañeros del Club. Más tarde, las conversaciones escabrosas, soeces, se habían cebado en sus oídos de puritano, precisamente porque sus amigos leyeron en sus ojos el estremecimiento de asco. Su alma sentimental y justiciera se había indignado sobre todo al observar el desamparo de la muchacha trabajadora donde se vaciaban los deseos insatisfechos de muchos señoritos ociosos. Él se sentía en aquellos momentos el Caballero de la Triste Figura, deseoso de romper lanzas, no imaginarias sino bien reales y sólidas, sobre las cabezas de esos villanos que se vengaban de la rendición de una mujer, insultándola con un vocabulario variado y clásico. No, el Club no era para él, cristiano exigente que se desesperaba ante su propia podredumbre. Un instinto le había lanzado al pequeño

puerto de la ciudad. En él había encontrado la verdad cruda, audaz, sin velos, sin hipocresías, ni golpes de pecho, ruda pero sin ostentación. Había hallado, al lado de una brutalidad inconsciente, rasgos de delicadeza, de ternura, de buen humor, que lo habían subyugado. Había soñado con comprar un pesquero y formar su propia tripulación. El terror de su madre por las aventuras marítimas había hecho desvanecerse la visión. Él adoraba a su madre y sabía con qué ansia seguía sus intentos de alejamiento. Habían transado. Su madre le buscaría un empleo entre las amistades de su padre y él navegaría en los días libres. Su carrera de leyes la consideraba un diploma inútil, dolorosamente ganado por complacer a su padre. Pero ¿para qué servía él? Para nada, para soñar imposibles. Su timidez tornaba su lengua torpe para la expresión y sus manos, herencia de muchas generaciones de rentistas, torpes para el trabajo manual. Una ola de tristeza le acongojó el pecho. Sintió el deseo de volver a la iglesia, al silencio, a la paz de un santuario abandonado, de buscar refugio en su Creador que conocía sus luchas, sus ansias de amor humano, sus caídas en el barro, que lo veía tal cual era, sin caretas, ni oropeles, una pobre alma acongojada, desorientada, asustada.

Al entrar en la estrechez de las antiguas callejas, miró su reloj y vio que disponía de media hora antes de su partida. Vaciló, tal vez su mente, pero sus pasos, con ritmo seguro, lo llevaron derecho al pórtico de la antigua parroquia.

La nave estaba vacía y frente al monumental altar mayor, dos cirios enormes ardían en solitario dúo. Como siempre, el silencio, el abandono del recinto lo sobrecogieron.

Se dejó caer en un banco y sus ojos se humedecieron de lágrimas. Él deseaba que resucitara la fe de su adolescencia, esa fe que se le escapaba sin motivo aparente. Nunca le habían preocupado las cuestiones teológicas y consideraba ociosas las discusiones de José, Miguel o Joaquín. La existencia de Dios no podía ser una demostración matemática, ni los adelantos de la ciencia una demostración de su no existencia. Para el pobre cerebro humano el problema se desplazaba indefinidamente. Podían caer las supersticiones y los fetichismos que acompañan a las religiones, toda esa barrera que se oponía al verdadero conocimiento de nuestro Creador, pero no caerían tan fácilmente ese anhelo, ese vacío del alma, esa presencia que aparecía en la soledad total. La fe era, ante todo, sentimientos

de amor y justicia; y las palabras de Cristo, el sendero iluminado que nos llevaba a la perfección.

Había abandonado la confesión hacía tiempo. Los confesores no le entendían y si se percataban de sus vuelos espirituales pretendían empujarlo hacia el sacerdocio. ¿Es que todas las almas, en menor o mayor grado, no sufren esas vacilaciones, esos altos y bajos? En esa depresión se encontraba él ahora; su alma era un harapo muerto, un gusano sin vida superior que se retorció en blandos arabescos. ¿Sería posible que todas estas preocupaciones nuevas, chicas, exasperantes, estuvieran acabando con su vida interior?

Inconscientemente, sus pensamientos se desplazaron hacia esas mismas preocupaciones. Su timidez incontrolable le había hecho huir de la práctica de su carrera. ¿Él, abogado? ¿Él, defendiendo juicios? ¡Qué absurdo más grande! ¡Qué ceguera la de su padre! La única profesión que despertaba su entusiasmo era la música, pero no se inicia una carrera de tanta constancia y dedicación a los 22 años. Un amor perdido era la música para él. El empleo de oficinista era lo único a que podía aspirar. Sabía, sin embargo, a raíz de la última reunión de los hermanos, que al elegir una vida modesta, más de acuerdo con su carácter, sus gustos y sus nuevos amigos, renunciaba también al standard de vida al que estaba acostumbrado.

Miguel, al leer los últimos informes del Banco, había sido categórico:

–Buenos chicos –había dicho– todos hasta ahora hemos vivido a costillas de nuestros padres, comiendo la sopa boba, pero ya veis que con la crisis americana una gran parte de las acciones desaparece. Las acciones canadienses y austríacas se fueron también al diablo. Sólo queda la Papelera y Mamá es la usufructuaria. Nos resta la hijuela de Papá y –añadió con ironía– un remedio un poco antiguo: trabajar con el sudor de nuestra frente.

–Si sólo fuera el sudor de la frente, había dicho Tatxo– y la reunión había terminado en risas aparentes.

Pero la preocupación no se había desvanecido. Qué agradable era ayudar a enderezar entuertos, proteger a los oprimidos, pero qué terror más absurdo nacía en él al querer hacer algo tan sencillo como trabajar, presentarse a examen de nuevo, ser observado, catalogado, juzgado en definitiva.

Y si caía en esa categoría de la clase media tan oprimida en el Estado español, cómo podía soñar siquiera en casarse con Juliana, la serena, la sensata, la inteligente, pero también la inalcanzable por su elegancia, por todos esos detalles que la hacían atractiva y superior.

El chisporroteo de los cirios se le antojó una risa apagada. Se levantó desanimado. La llama de su fe seguía apagándose lentamente. Para calmar su angustia no le quedaba más remedio que la acción, esporádica, es cierto, pero fuerte. Embarcarse por el día en un pesquero que a 20 millas de las costas, tendía sus redes, ayudar a los pescadores en sus faenas milenarias y emborracharse de aire, espuma y camaradería.

La vieja solución para los problemas sin solución: olvidar.

# Talcahuano, Chile

9 de julio, 1958

**E**sta noche no hemos dormido ni Alan ni yo. La peste de cristal se ha cebado sobre el cuerpo esbelto de mi hijo, dejando poquísimos claros sin erupción. Richard fue especialmente a Talcahuano a buscar un remedio para la comezón y –rasgo típico de mi marido– se fue después de comer a Huachipato, requerido por un trabajo urgente, llevándose el remedio en el bolsillo. Ha soplado toda la noche un viento huracanado y me sentía desesperada ante mi impotencia por aliviar la nerviosidad del niño. A pesar de su cansancio y de los calmantes, no podía conciliar el sueño.

–Recemos, Mamá, al Niño Jesús. Él me puede ayudar.

He rezado a mi manera, con la firme creencia que el Espíritu, reflejo de nuestro Creador, puede dominar las dolencias corporales.

Después de media hora de calma relativa, el niño lloraba.

–Mamá, estoy muerto de sueño, pero la picazón no me deja dormir. Ponme el remedio.

–Pajarito mío. Ya sabes que el Papá se llevó el remedio en su bolsillo. Estoy tan enojada con él.

–Mamá, no te enojés. Lo hizo sin querer.

–Pero tú estás sufriendo.

–No importa Mamá. Mi Papá se olvidó.

He quedado muda de admiración. A los 5 años ser capaz de semejante abnegación, dar con infantil sencillez una prueba tan palpable de amor y lealtad, sobreponerse a sufrimientos exacerbados para enunciar un cariño enajenable.

Los niños alcanzan la cumbre de un solo vuelo. Incapaces de disimular, pueden cometer la indecencia más absoluta con la ingenuidad de un animalito y llegar a lo sobrenatural con la facilidad de un místico consumado. De los 4 años en adelante, el cerebro y el espíritu de un niño se desarrollan a un ritmo tan acelerado que desorienta a los padres.

A las cuatro de la madrugada, cuando llegó Richard, el niño dormía. Le conté lo sucedido y los dos hemos contemplado la carita manchada de nuestro hijo con verdadera emoción. El viento soplaba con una furia incansable. El viento me trajo a la memoria otra noche de viento.

## Mis hermanos. José, el conspirador

La casa estaba bien abrigada con las persianas y los espesos cortinajes cerrados; en todas las chimeneas ardían grandes leños incandescentes, no obstante, era aterrador oír el silbido ululante de la tempestad, interrumpido solamente por las sirenas plañideras de los barcos pesqueros al garete en la pequeña bahía. Eran las seis. Yo había vuelto del colegio y estaba terminando mis tareas. Mamá leía.

–¡Qué noche más terrible! –dijo Mamá– Pobre gente la de los barcos pesqueros. No van a poder entrar en el puerto con este oleaje.

–Con tal que no se vayan a la playa– contesté.

Una nueva racha de viento furioso se precipitó sobre la ciudad y oímos, simultáneamente, el ruido metálico del ascensor que subía. Se detuvo en nuestro piso.

–¿Quién será? –dijo Mamá– Es muy temprano para que lleguen tus hermanos.

Sonó el timbre y oímos la exclamación ahogada de la doncella al abrir la puerta.